DIALOGOS OLIMPICOS

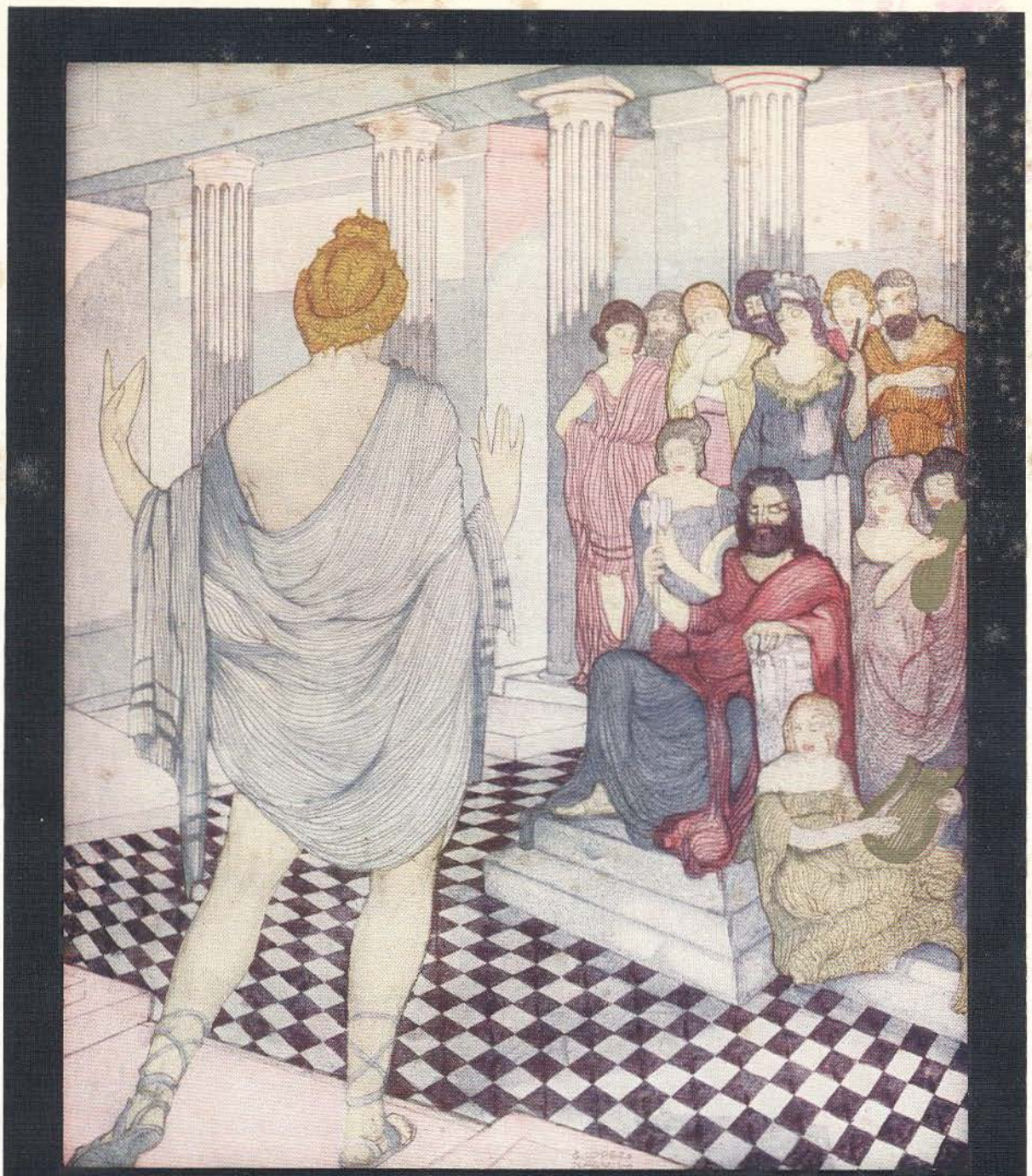
BIBLIOTECA ... SECUNDARIA Y PREPARATORIA

12796

BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD
MONTEVIDEO
SECCIÓN DE ENSEÑANZA SECUNDARIA Y PREPARATORIA

APOLO Y DIONISOS

Librería y Papelería
DEL
CORREO
DE MAXIMINO GARCIA
SARANDÍ 461
MONTEVIDEO



"YO SALI DEL VIENTRE MORENO DE LATONA PARA ILVMINAR EL MVNDO Y REDVCIR A SABIAS EVRITMIAS LAS DISCORDIAS DE LOS MORTALES"

NTERROGADO por Zeus sobre los desórdenes de la tierra, irguióse el crinado Apolo en medio de la asamblea olímpica; sonaron las liras pulsadas por sus nueve compañeras y la voz del dios llenó las concavidades del Empíreo como un celeste canto.

Yo salí del vientre moreno de Latona—dijo—para iluminar al mundo y reducir a sabias euritmias las discordias de los mortales. Las diosas con sus divinas manos me lavaron en aguas purísimas y pusieron por mantillas sutiles gasas, que un cinturón de oro a mi cuerpo sujetaba. La severa Temis, la que vela por la ley y la regla del universo, no quiso verme nutrir a los pechos de mi madre y llena de amorosa solicitud me dió a beber el néctar y la ambrosía de los dioses. Así que los alimentos olímpicos dilataron por mis venas sus vitales influjos, la sangre en alegres borbollones subióseme al cerebro, sentíme henchido de irrefrenables energías y haciendo estallar los finos

pañales y el refulgente cinturón me esparcí gozoso por el mundo, entreteniéndome en disparar mis flechas luminosas contra los monstruos de las tinieblas. Maté a Pitón; recobré las terneras celestes que me había robado el sutil Hermes; ayudé a Zeus a combatir los titanes, hijos de Urano y Gaea; establecí mil cultos y oráculos, y en mi constante afán de claridad y armonía, desde las primeras luces del alba hacía sonar por todos los ámbitos del mundo la lira melodiosa y al doblar la tarde, vestido de púrpuras y oros, me guarecía en la caverna de Satmos donde, toda temblorosa, venía a compartir mi lecho de hierbas aromadas la pálida y melancólica Selene, la de las suaves caricias.

El hombre, apenas salido de la animalidad, ignaro, miserable, transido de frío y enfermo de pavura, sin otras armas para defenderse de las cóleras divinas y las garras de las fieras que una vacilante lucecita en el cráneo, vagaba por broncos riscos y selvas temerosas como un fantasma del miedo. Vivía temblando. Pero aquella lucecita prodigiosa, aunque débil, le permitió fabricar cuchillos y hachas de piedra que vencieron en el rudo combate la saña de

los colmillos más terribles. Por ese arte el ingenio hizo su aparición sensacional en el escenario del mundo. El hombre mostróse prevenido y artero. Obtenía con mañas y artificios, a una candorosos y sutiles, lo que nunca pudiera lograr de poder a poder y en franca lucha. Así, por ejemplo, para medirse con el enorme mammuth, en cuyo pellejo rugoso y cubierto de fuertes crines rebotaban las flechas, con grande sigilo y riesgo de la vida acercábase a él, esperaba pacientemente en medio del inminente peligro, que la tremenda bestia le volviese las grupas y mostrase el pequeño orificio, velado por la cola, único y recatado sitio por donde resultaba vulnerable, y entonces, con ojo certero y pulso firme, le disparaba la traidora saeta, que se metía por el intestino y causaba allí mortal estrago. Huía el mammuth dando saltos y tirando coces como picado por furioso aguijón, y la horda humana, entre gritos de júbilo salvaje, lo seguía en su desesperada fuga durante días y aun semanas, atravesando valles soledosos, dilatadas llanuras, enredados matorrales, cobija de toda suerte de alimañas venenosas, hasta que el dardo revolviéndose en la herida

limón terreno, distinguiera lo animal de lo humano y perfeccionándose llegara a convertirse en un dios de carne y hueso, aspiración secreta e hito supremo de los mortales que saben interpretar las palabras de mis pitonisas. Otros de oídos menos sutiles permanecen, hasta cierto punto, sordos a ellas y así se origina y mantiene el conflicto del mundo, que es, en resumidas cuentas, el antagonismo de los que oyen y los que no quieren oir, de los que afirman y los que niegan, del espíritu del bien y el espíritu del mal. Llamo bien lo que favorece la ascensión del hombre, mal lo que le pone trabas y diques.

—En un dios de carne y hueso?... ¡vana quimera!; en un fantoche relleno de metafísica estopa querrás decir ¡oh, Apolo!—interrumpió Dionisos, que había escuchado el discurso de su hermano sin cesar de sonreir maliciosamente, lo cual le prestaba una expresión entre irónica y cariciosa, pero de un encanto indecible a aquella boca que los antiguos, para simbolizar su dulzura, adornaron con cuatro alas de abeja a guisa de barba.—Antes de rematar la obra que tú juzgas divina y que yo, con tu per-

" TVS PITONISAS PARA INSPIRARSE TUVIERON SIEMPRE QVE SOMETERSE A LA ACCION DE MIS VAPORES "

dón, considero nefasta, los hombres tenían entrañas, hoy, gracias a tí, sólo tienen en la cabeza viento, en el pecho estopa. Por lo demás te vanaglorias de muchas cosas que, a mi entender, son verdaderos crímenes, y de otras, las menos, que son buenas, pero que no llevaste a cabo tú, aunque a tí te lo parezca. Es muy curioso, en verdad, el desparpajo con que te atribuyes los hechos de los otros. Harías bien en recordar que en el mismísimo Delfos, donde tuviste el más grande culto, tuve tantos adoradores como tú y que tus pitonisas para inspirarse, tuvieron siempre que someterse a la acción de mis vapores. Generalmente, cuando tu inteligencia pierde el derrotero, yo la traigo al buen camino; generalmente yo doy el son y tú lo pones en música.

Dejó de sonreir el dios coronado de frescos pámpanos, cobró repentinamente su rostro grave majestad y contemplando un instante las divinas perfecciones de la esplendorosa Afrodita y el encanto infinito de Aglaé, Talía y Eufrosina, que para oirlo mejor se habían agrupado graciosamente cerca él, y con acento convencido prosiguió:

—Los mortales son hijos de la tierra y participan de su naturaleza. Allí, como aquí, no reina, Apolo, tu voluntad ni la mía, sino la voluntad del universo, o por otro nombre, la voluntad de Zeus, nuestro padre y señor. Esta voluntad misteriosa para el efímero, la llaman Dios los sacerdotes, causa primera los filósofos, fuerza o energía los sabios de allá abajo que, a vueltas de tantos metafisiqueos, empiezan a barruntar la índole guerrera de los fenómenos, así físicos como morales. Creen, y no van descaminados, que todos estos no son sino transformaciones más o menos complicadas de aquella energía o voluntad paternal, alma y substancia del universo. La docta ciencia lo declara ahora solemnemente después de haberlo dicho hace siglos las religiones, aunque de una manera confusa y capciosa, por medio de alegorías y símbolos de abstrusa interpretación. Si donde las religiones dicen Dios, dijeran voluntad del universo, fuerza o energía, desaparecería como por ensalmo, la obscuridad de los símbolos, los dogmas y los mitos. Todo es obra de la grande razón de Zeus. Cuerpos, criaturas y espíritus han salido del mismo vientre y obe-

decen a la misma ley. La chispa eléctrica que brota de la frente del hombre y la que parte del albo seno de la nube son hermanas. Aquí, entre nosotros, podemos decirlo sin ambajes: el tuétano de todas las cosas es de esencia divina, especialmente el de eso que tus espiritualistas trasnochados llaman con desdén la materia, porque lo divino ¡oh, Apolo! es la energía del orbe y la materia el gran depósito de ella. Mi culto entrañaba la glorificación de las formas más visibles y amables de esa energía: la fecundidad de Gaea, la fuerza generatriz de Priapo, las cópulas fabulosas de los dioses con Cibeles, Afrodita, Latona, Semele, el erotismo de la creación, el triunfo gozoso del amor y la vida que encarnan ciertos instintos y pasiones. Tú pretendes haber domeñado, por medio de la regla y la ley, los deseos, los apetitos, las energías intrínsecas, en una palabra, del alma humana e ignoras, malgrado tu grande sabiduría, que toda esa fuerza vital condenada por tí constituye la voluntad de la tierra, la enjundia olímpica de los mortales. Observa que la humana criatura no es inteligencia sino voluntad; no razón sino instinto. Tus mismos

discípulos lo reconocen. La inteligencia, la razón ¡bah! cosas epidérmicas, cosas efímeras cuando no son los heraldos del egoísmo o, si quieres, de la tendencia a dilatar su poder, a enseñorearse del espacio que es el ánima misteriosa de todo lo creado. Ni las vírgenes, ni las flores carecen de esa combatividad nativa. Cuando una púdica damisela te ofrece trémula las grosellas de sus labios, quiere hacerte suyo; cuando una cándida azucena te brinda sus aromas, quiere conquistarte. El egoísmo es la cosa sagrada por excelencia. Tú lo calumniaste. Tus discípulos, filósofos, moralistas y dómines pedantes trataron a porfía de envilecerlo y condenarlo, a pesar de que fuera él, y solo él, quien los hiciera vivir. Luego los airados sacerdotes del Galileo le pusieron los cuernos del demonio mismo e hicieron del inocente el espíritu del mal y le dieron tormento en mil potros y lo quemaron en mil hogueras. Sin embargo el *doctor sutilis* siguió trabajando la pasta de las almas y aliándolas entre sí. Hé ahí el grande portento! Lo que une a las criaturas no es el amor, que sale del corazón, ni el interés, que se desprende del razonamiento, sino el afán de

dominar, que brota del cuerpo entero. Créeme ¡oh, divino Apolo!, si alguna vez los hombres aciertan a ponerse de acuerdo y establecer entre las repúblicas un equilibrio semejante al que existe entre los astros, no será por el amor, sino porque, como los astros, quieren atraerse para devorarse.

—Sólo que de esa mutua y pérfida atracción —replicó el Dios luminoso—resulta el equilibrio sideral. Tirando todos los astros para sí se mantienen a distancia. El egoísmo, en la humanidad, es la mutua y pérfida atracción que, a fuerza de tanto tira y afloja, se resuelve en paz, fraternidad y amor. Primero reinó la discordia, después Eros. De la lucha de los sexos, por veces mortíferas, nace la vida; de la guerra de los obscuros instintos, tan cruel, las luces de la conciencia; de la pugna feroz de las conciencias, la inteligencia de las almas.

—Eso te prueba —interrumpió Dionisos— cuan sabia y clemente es la voluntad de Zeus, aunque a primera vista parezca, en ciertos casos, cruel y obtusa. Sí, a la larga puede que haya paz... la paz que impone el combate, la única que han conocido y conocerán

el universo y el mundo. Pero el hombre, aun en medio de la paz, seguirá luchando siempre contra los otros o contra sí mismo; no olvides que su alma es pura tendencia a ocupar más espacio y que los instintos, sentimientos e ideas que la forman viven en perpetua lucha. Suprimir esa lucha es suprimir el alma. Tu propósito de concordia y civilidad a todo evento, me parece artificioso, pueril y por añadidura malsano para el vigor de la planta humana. Esta dará flores y frutos si hunde las raíces en la tierra y se alimenta de sus truculentos jugos, en caso contrario, no. Te lo digo con pena porque te veo en camino de cometer irreparables errores: el día que terminen todas las guerras terminarán todas las paces y será el reino de la muerte. Querrás tu eso, Apolo? Qué horror!... Yo amo la vida desbordante de fuerza y hermosura; la vida simple y profunda en el seno de la vivificante naturaleza; libre de reglas caprichosas, libre de metafísicos embelecos, limpia de *moralina* y sin más leyes que las inspiradas por la vida misma para acrisolar su propio imperio. La existencia fecunda y radiosa como en la aurora del mundo! Re-

cuerda Apolo: donde yo ponía las plantas el suelo se cubría de flores y frutos; de las rocas que yo tocaba con mi tirso mágico brotaban manantiales de vino, de leche y de miel.

Y cogiendo la flauta de siete tubos la acercó a sus labios y arrancó los sones cariciosos que dilatan el corazón y se suben a la cabeza cual los vapores de un vino añejo. Y como a la voz de un conjuro la obscura tierra apareció ante los ojos de los olímpicos toda palpitante y enfervorizada por los cultos del riente dios. De los floridos bosques, sonorosos como arpas, salían, ya en ordenadas procesiones por núbiles canéforas presididas, ya en gozosos tropeles los cortejos de Dionisos y Pan: las bacantes coronadas de hiedras y rosas; los sátiros de orejas puntiagudas y patas de cabra; las ninfas perseguidas por los traviesos faunos; los centauros piafadores y los silenos ventrudos, frenética muchedumbre que hacía sonar con báquico furor platillos y sistros, zampoñas y tamboriles, pífanos y címbalos. Las riberas de los ríos se poblaron de nereidas y ondinas, diseminadas en graciosos grupos; las montañas aparecieron florecidas de rústicos santuarios

donde se sacrificaban chivos y toros y ofrendaban canastos de frutas, tiernos quesos y vasijas de leche fresca; cubrían las praderas infinitas chozas, lozanas viñas, copiosos rebaños. Los labriegos cantando himnos al dios taumaturgo y a la próvida Demeter, pisaban la uva en los lagares; los pastores cubiertos sólo con una pelleja de cabra negra, conducían los ganados al blando son de la siringa agreste. Todo era gozo, armonía, belleza, esplendor; todo parecía vivir en íntima comunión con la Naturaleza y que ésta le transfundiese a todos los seres su voluntad de vivir y gozar, su sensualidad radiosa, su ardiente sangre negra.

— Yo también — replicó Apolo después de algunos instantes de reflexión — quiero la vida desbordante de fuerza, hermosura... e inteligencia. Jamás desconocí, Dionisos, la magnitud de tu obra ni los bienes que a los hombres les hiciste. Tus combates fueron prodigiosos, tus hazañas inolvidables, tus aventuras estupendas. Sin tí la lúcida voluntad de Zeus no hubiera prevalecido sobre las fuerzas desordenadas de los titanes, quienes colocando montañas sobre montañas querían escalar los

cielos. Cuando los dioses huyeron del campo de batalla aterrorizados a la súbita vista de Tifón, el descomunal gigante de cien cabezas, mitad hombre, mitad serpiente, tú, convertido en león, seguiste guerreando junto a nuestro padre. Tu tirso mágico, que también era lanza, hería y curaba. La humanidad te debe muchos goces y secretas embriagueces. Siempre te fué sumisa. Como a Erigona la seducías y como a las fieras de tu carro victorioso las hacías obedecer, no por la fuerza brutal, sino haciéndole sentir los vapores de tus mostos divinos. Tu libertabas a la tierra de las glaciales caricias del invierno y a las almas de los pesados grilletes del cuidado y la pena. De las frases chuscas cambiadas en tus procesiones y de los ditirambos compuestos por Lasos d'Hermione, Simonide y Bacchylide de Céos y cantados en tus fiestas, nacieron la comedia, el drama y la tragedia, mundos prodigiosos donde sin atribulaciones se vive más intensamente que en el mundo real. Como yo fuiste siempre un dios taumaturgo, un dios libertador y también un dios utilitario. Esto último parecerá más extraño y contradictorio en lo que

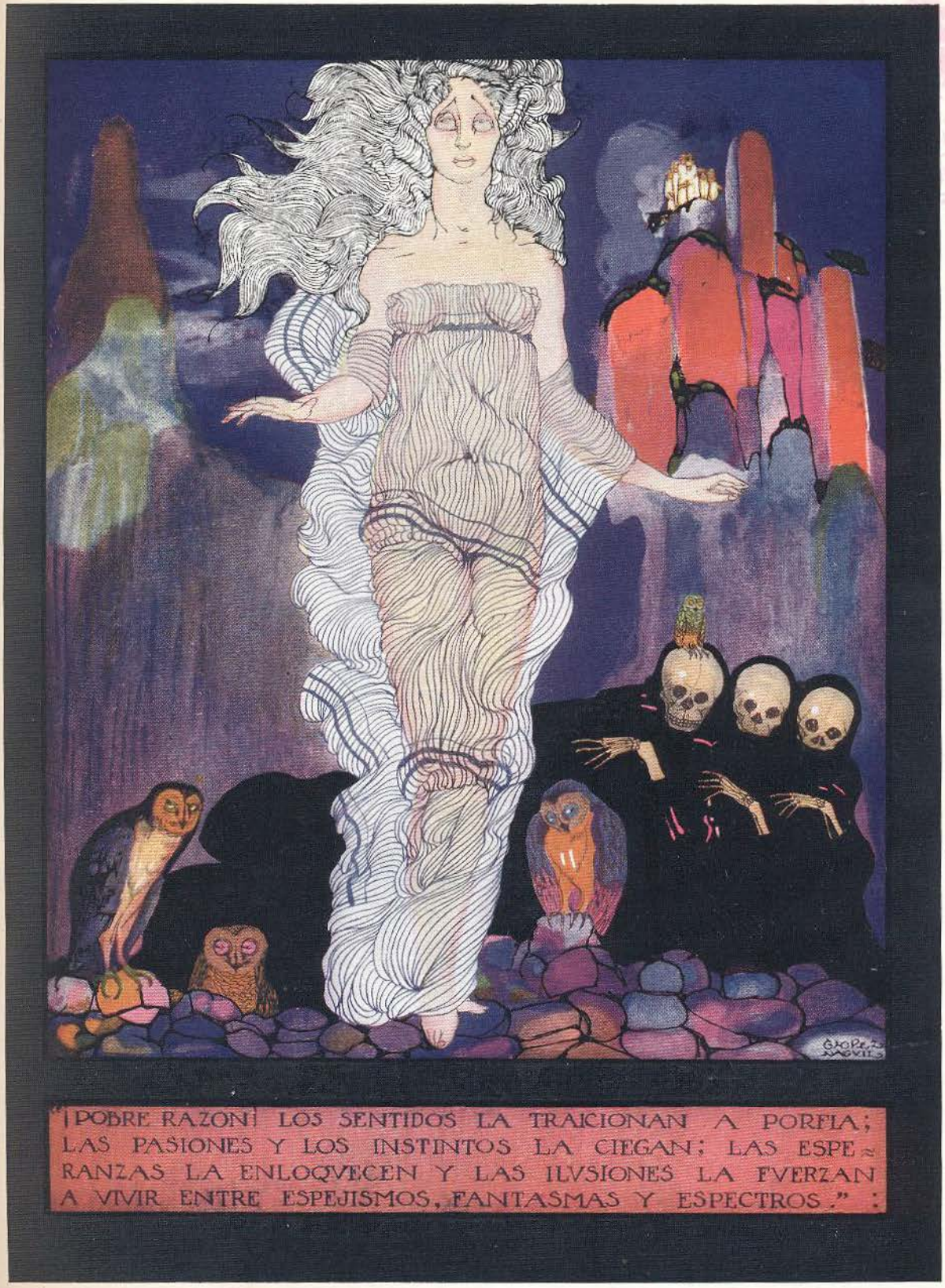
a mí toca que en lo que a tí respecta. Muchos creyeron que yo era el desinterés, tú el egoísmo. Craso error! Nada hay más interesado que la inteligencia; es puro interés, una facultad que se formó y vive adaptándose a la realidad para asimilarla; es pura *gravitación sobre sí,* un velo utilitario interpuesto por mí entre el hombre y el mundo. Los hombres no pueden divisar a éste sino al través de aquel maravilloso cortinaje, que no les permite ver los objetos como son, sino como conviene al interés del hombre sean. Sí, ambos nos mostramos siempre igualmente respetuosos de la utilidad y siempre la consideración de utilidad nos puso de acuerdo. Pero tus cultos con harta frecuencia degeneraban en charlatanismo sacrílego, lascivia, bestialidad y otros desórdenes abominables. Eso nos indisponía. Tu condición, un tanto licenciosa, te inclinaba a relajar las buenas costumbres que yo, con trabajo infinito, iba estableciendo. A pesar de ello nunca te quise mal, ni declaré la guerra abiertamente. Al contrario, sin que tu lo supieras te ayudé en muchas empresas y si alguna vez me opuse a tus designios no fué para destruírlos, sino para de-

purarlos y hacerlos concurrir a la obra del propio perfeccionamiento en que están empeñados los hombres desde que abrieron los ojos a la luz. Ese ardiente anhelo los distingue y coloca por encima de los otros animales. Es una inclinación incontrarrestable, una locura conmovedora, que a la postre ha concluído por enternecerme y hacerme defender, como causa propia, la causa de los efímeros. Es la causa de la libertad.

Rugando más el ceño argumentó el bello dios que criaron las ninfas con leche de cabra y destetaron luego con miel y zumo de uvas.

— No observas, generoso e incauto Apolo, que esa causa es contraria a la nuestra y además un intento vano e insensato que acabará por llover males sin cuento sobre el mundo. La causa de la libertad, es decir, la desobediencia a los mandatos olímpicos!; el capricho contra el orden eterno!!; la justicia humana contra la justicia divina!!! Me haces sonreir! Cómo contrariar las leyes establecidas por los dioses? Cómo burlarse de éstos sin ser fulminados por las iras celestes? Cómo oponer la voluntad del hombre a la voluntad del universo?; la norma del miscrocópico mundo a la norma del

orbe inconmensurable?; la pueril y antojadiza razón del espíritu a la razón formidable de la Naturaleza? El espíritu, ¡valiente cosa! no ha hecho sino crear engañosos espejismos tras los cuales, desatentada y loca, corre la doliente humanidad. Dejémonos de majaderías y embelecos. Los hombres nunca podrán gozar de otra libertad que la de cambiar de esclavitud; ni conocer otra verdad que la *mentira saludable*, el ideal útil que han menester para vivir y que los apetitos dictan y, en medio de todo, es gran suerte porque esa interesada conducta es la única probalidad que les dejan los hados de acertar. Cuando piensan con todo el cuerpo dan en la tecla; cuando lo hacen con el cerebro solo desbarran. Sobre el haz de la tierra no hay criatura más propensa a engañarse que el hombre y tal acontece gracias a ese incierto fuego fatuo que lo guía y que él, ufano, llama la razón. ¡Pobre razón!; los sentidos la traicionan a porfía; las pasiones y los instintos la ciegan; las esperanzas la enloquecen y las ilusiones la fuerzan a vivir entre espejismos, fantasmas y espectros. ¡Quimérica existencia! Como en la maravillosa historia de



"¡POBRE RAZON! LOS SENTIDOS LA TRAICIONAN A PORFIA; LAS PASIONES Y LOS INSTINTOS LA CIEGAN; LAS ESPE≈ RANZAS LA ENLOQVECEN Y LAS ILVSIONES LA FVERZAN A VIVIR ENTRE ESPEJISMOS, FANTASMAS Y ESPECTROS." :

los caballeros andantes, todo acontece en la atribulada vida del mortal por arte de encantamiento. Los ojos no ven lo que ven, ni los oídos escuchan lo que oyen, ni la razón juzga de las cosas imparcialmente, ni la voluntad hacia un punto determinado se encamina, sino que las desaladas criaturas ven, oyen, piensan y quieren a la manera de los sonámbulos, inducidas, no por las realidades sensibles y verdaderas, sino por los espejismos internos y mentirosos, cual si el mundo objetivo no existiese o existiera sólo para ser descompuesto por los jugos gástricos de los sentidos antes de ser asimilado por la inteligencia. Y así, armados de las refulgentes armas del engaño, con la bacía por casco, la celada de cartón, la lanza en ristre y transido el rocín; confundiendo siempre los molinos con los gigantes, los rebaños con los ejércitos y tomando siempre, siempre las tocas aldeanas por finas duquesas, andan los hombres tras la verdad, tras la ilusión vital, tras la mentira saludable, que es su Dulcinea, que es su Aldonza Lorenzo. Y así también de extravío en extravío, de locura en locura y de colmo en colmo, he aquí ¡oh, dioses! lo que

han llegado a pretender los seres racionales en un sin razón tremenda: la libertad, en un mundo donde todo es sumisión, obediencia ciega y esclavitud; la igualdad, donde todo es diferenciación y tiránica jerarquía; el derecho donde todo derecho es la enseña insolente de una fuerza vencedora. Pero no es todo, aun quieren más todavía los efímeros: quieren la concordia, ellos que son pura guerra; quieren el desinterés, ellos que son puro egoísmo; quieren la dicha, ellas que son puro dolor. Y eres tú ¡oh, Apolo!, el dios de la armonía y la luz, quien apadrina tamaños dislates? El alimentar y encubrir las ilusiones y mentirolas de los mortales no te habrán hecho iluso y embustero? No sin razón, a lo que veo, desconfié siempre de tus retóricas y metafísicas. Tus claridades deslumbran más que iluminan. Lo que tú aseguras tiene no se qué de capcioso y falaz. Empiezo a explicarme por qué tus fieles, como Julián el Apóstata, mueren exclamando: «¡Oh, Apolo! por qué me has mentido? Tú engañas y enseñas a mentir. Las vejigas infladas que, a guisa de linternas, pusiste por todos los caminos del mundo, formaron innúmeras

generaciones de sofistas, charlatanes, ablandabrevas y bellas almas que, por darse pisto, apostrofan a Pan mientras le chupan la sangre. Yo los detesto por bajunos, trapaceros y bobos. Esos idealistas de chicha y nabo me apestan. La vida es realidad y acción, no mentirola y ensueño. Quieres que reine en el Olimpo la majadería y el sonambulismo del mundo? Quieres que volvamos al caos? Quieres traernos otra vez la guerra de los titanes a quienes sólo pudimos someter los dioses después de ardua lucha? Contempla aquel monte temeroso de la tierra: allí encadenado purga Prometeo delitos semejantes a los que tú cometes. Cuida no te pase a tí lo mismo. Ofendes a Temis y al fin la cólera de Zeus estallará terrible.

Riendo a carcajadas repuso el rutilante Febo:

—Bien se echa de ver, hermano mío, que no obstante tu ingenio y travesura, eres un dios rústico, ajeno a las sutilezas de las ciudades. Hablas como hace medio millón de años, cuando el hombre, sin imaginación aun, obedecía a la ley natural y era un producto del suelo como la planta. Los tiempos han cam-

biado radicalmente. El hombre ha roto muchas cadenas. Por otra parte no te das cuenta de que si los efímeros acarician las locuras de que hablas, es porque los dioses, y tú entre ellos, lo han querido así, al darles, para hacerles acaso más soportable la amarga vida, esa facultad encantada que, en medio de las realidades más espantosas y los dolores más crueles, sabe engendrar ilusiones y esperanzas... Los fuegos fátuos de mi espíritu y el espíritu de tus mostos, sacaron al hombre por igual de sus naturales quicios... y lo hicieron el rey de la creación. Si son legítimas tus embriagueces, legítimos son mis espejismos. Es singular que quien realizó sus hazañas y conquistas a fuerza de prodigios desconozca la fuerza irresistible de la ilusión. Y qué es si no ilusión el teatro, la poesía y la mentalidad que supistes crear? Te lo repito: tú siempre fuistes un dios libertador, un dios taumaturgo, un maestro en fantasmagorías. Para libertar la costa de Beocia del monstruo Tritón que diezmaba los rebaños, no lo ultimaste a flechazos como yo a Pitón, sino que, hábil en hechizos y arterías, pusiste una gran cuba de vino en la playa y

presto el monstruo embriagado quedó a merced de los pastores. Tus prodigios vencieron las hechicerías de Buda; tus sátiros turbulentos a los ascetas silenciosos; tus bacantes gozadoras a las vírgenes misteriosas. El tirso tuyo dejó tamañita la vara de los magos. Triunfabas por artes mágicas y bromeando infligías terribles castigos. Cuando los piratas tirrenos ignorando que eras un dios, te aprisionaron al borde del mar y llevándote a bordo se hicieron a la vela desoyendo las advertencias del piloto, que sospechó tu naturaleza divina, tú no opusiste la menor resistencia al secuestro y luego te dejaste maniatar tranquilo y sonriente. Mientras la veloz nave rompía las olas las ataduras se desprendieron de tus manos y tus pies como si invisibles tijeras las cortasen; raudales de perfumado vino barren de súbito la cubierta; una maravillosa vid cargada de racimos brota del piso y sube hasta lo alto de las velas; una hiedra de sombrío follaje, toda florecida y cuajada de variados frutos, se enrosca al mástil, asciende por él y lo cubre totalmente. Entonces, convertido en rugiente león, saltas sobre los piratas y haces que, medio locos de espanto, se

arrojen al mar. Y bien, como tú y como yo el hombre ha sabido crear un mundo ilusorio. En él se recrea sin enojarnos, al contrario. A todos los dioses nos encantan y seducen las travesuras y audacias del mortal. Es nuestro niño mimado, nuestro juguete y nuestro orgullo. En construir y montar la complicada máquina de esa criatura estupenda, han agotado los dioses el espíritu inventivo y la fantasía creadora de que eran capaces. El dios de barro es la paradoja del Olimpo. Nada de extraño tiene, pues, que ahito de orgullo y consciente del poder que le hemos dado, se crea libre, desoiga a menudo los mandatos de la grande razón y se atenga a la suya. Por otra parte esta desobediencia y petulante emancipación es más aparente que real. En el fondo, más que otra cualquier criatura acaso, el efímero acata la ley jupiterina por excelencia, aquella que lo incita a combatir y dominar y lo restituye por ese arte al seno de la Naturaleza. Es lo importante, es lo esencial. Como todas las cosas del universo, animadas o inertes, materiales o espirituales, el hombre tiende a *ocupar más espacio;* tú lo has dicho y yo no tengo ningún em-

pacho en confirmarlo; más escucha bien: ese *instinto de soberanía, gravitación sobre sí, deseo de poder,* que todos estos pretenciosos motes y otros más le han puesto los filósofos a aquel esencial dinamismo, es tan fuerte y tan sutil a la vez en el alma humana, que para fortificarse, adueñarse de todo y osarlo todo, aun lo imposible, se fabrica siempre el muy brujo la moral que conviene a sus designios, transformándose entonces, como el gusano en mariposa, de materia en espíritu, de sórdido egoísmo en altruísmo generoso, de fiero instinto de dominación, que es cuando gusano, en dulce ilusión vital, que es cuando mariposa. He ahí el grande milagro y el grande misterio.

Y desde que nació la ilusión maravillosa, venció a tu instinto y a mi razón y tomó el gobierno del mundo. Mas no por eso creas ¡oh, Dionisos! que el mundo es una casa de Orates y las aspiraciones humanas puras locuras. Los portentos de la civilización te prueban lo contrario. Seamos justos, seamos sobre todo, comprensivos. Los dioses, ¡quién lo diría! se parecen a los *filisteos* en que, no comprendiendo jamás, pecan por injustos siempre. No, no son

locos de remate los que han sabido domar los elementos y cabalgar sobre ellos... La ilusión gobierna al mundo sabiamente, porque la ilusión es también hija del Olimpo y lleva en las entrañas el preñado de los dioses; es fuerza, energía, como dicen ahora los pedantes, soplo divino capaz de dar pábulo y norma a la acción fecunda y la realidad durable. Y la inteligencia tampoco es digna del desprecio con que injustamente pretendes afrentarla. Tienes razón que te sobra cuando afirmas que el hombre es voluntad, no inteligencia. Mis filósofos de las escuelas de Jonia y Abdera, ya lo habían sospechado antes que tus discípulos lo dijeren y probaran... hasta el punto que se pueden probar esas cosas, rebeldes por naturaleza, a entrar en los casilleros de las verdades matemáticas. No me duele ni enfada el confesarlo: la *inteligencia es la mano de la voluntad,* pero no eches en saco roto ¡oh, Dionisos! que ese órgano prensil sabe fabricar instrumentos que le roban al cielo el fuego divino y lo colocan en el hogar de la familia humana. A su dulce calor, y esto es muy importante ¡oh, dioses! como una planta de estufa nace la conciencia, un mundo liber-

tado de la voluntad olímpica, y esa conciencia es el nido donde pone sus huevos milagrosos la grande ilusión del hombre.

Y la ilusión también guerrea y manda.

Del mismo y maravilloso modo que Palas Atena, la de los ojos centellantes, brota de la testa de Zeus esgrimiendo la lanza y arrojando el grito de victoria que hizo estremecer a tierra y cielo, así el espíritu se desprende de la materia, la ilusión de la necesidad y aunque unidas a ellas por los lazos de la sangre las desobedecen a menudo y campan por sus respetos. La era humana comienza con la ilusión. Mas que saber fabricar instrumentos, lo que distingue al hombre de la bestia es saber fabricar ilusiones. Estas lo han hecho descender a todos los abismos y subir a todas las cumbres. Son las alas del alma. Gracias a la ilusión el mísero mortal olvida sus flaquezas y osa parangonarse a los seres de esencia divina.

—No conozco esa deidad milagrera, quién es?—interrogó Zeus desde su refulgente trono de oro y marfil.

—Es una encantadora criatura que los dioses hace tiempo han perdido de vista, pero que

forma parte de nuestro cortejo y que hoy, acudiendo a tu llamado, está aquí presente.

—Que se levante y hable— ordenó el Tonante.

Y los ojos estupefactos de los inmortales vieron adelantarse a la bellísima Pandora y declarar con voz de una pastosidad y dulzura infinitas, cual si por labios tuviera una flauta y por boca un panal de miel.

—Yo, Pandora, soy la deidad que los efímeros llaman Ilusión —y sonrió, y su sonrisa hizo dilatar de gozo el corazón de los dioses.

—¡Pandora, Pandora!— exclamaban admirados y jubilosos, y corrían hacia ella y la cubrían de apasionadísimos besos. La alegría de los inmortales llenaba el celeste alcázar de estruendosos clamores. Apolo reía como un niño; Hefaisto, viendo la perfección de su obra, lloraba de contento; las Horas y las Gracias, dirigidas por la resplandeciente Afrodita, danzaban como ébrias bacantes en torno a Pandora; Hermes la colmaba de elogios, y hasta la augusta Palas enternecida la estrechaba de cuando en cuando contra sus firmes y virginales pechos. Y la deliciosa criatura correspondía con gracia

"YO, PANDORA, SOY LA DEIDAD QVE LOS EFIMEROS LLAMAN ILVSION"

inefable a los halagos de aquellos mismos que, al enviarla Zeus a la tierra con un presente funesto para Prometeo, a quien quería castigar el padre olímpico por haberle hurtado la chispa divina y hecho peligroso don de ella a los hombres, la ornaron, al partir, de irresistibles hechizos y colmaron a porfía de preciosos dones. Eunomia, Dike y la dulce Irene, las vírgenes de los pies sonrosados y ágiles, la cubrieron de flores printaneras, cuyos aromas embriagaban el sentido; las Gracias divinas, Aglaia la brillante, Eufrosina la del regocijado corazón, Talía la sonriente pusieron en el largo y flexible cuello de Pandora un fantástico collar de oro y piedras preciosas, cuya vista desvanecía; Afrodita, maestra en el arte de seducir, la armó con las supremas virtudes de la belleza y las magias de la sonrisa, la actitud armoniosa y el tocado voluptuoso; Hermes le concedió el don de persuadir o engañar por medio de las palabras dulces y suaves como caricias y Zeus, por fin, dióle la caja fatal que contenía los males inherentes a la belleza y la seducción.

De pronto éste lanzó una formidable carcajada, que hizo vibrar las elásticas paredes del palacio olímpico y exclamó:

—Pero eres tú, la misma criatura enviada por mí a la tierra para esparcir los males que merecía la audacia del Titán; tú, Pandora, dechado de la seducción y la perversidad femeninas, la benéfica deidad de que nos habla Apolo? Bromea, acaso el dios luminoso.

Los dioses tornaron a sus asientos mansamente como se retiran las olas de la curva playa al seno del mar; las áureas copas servidas por la juvenil Hebe y el inocente Ganimedes circularon de nuevo; reinó el silencio y Pandora habló así:

—Sí, omnipotente, Zeus; Apolo dijo verdad: yo, Pandora, soy la alegría de los mortales, la sonrisa del mundo, la flor maravillosa de la vida. Cuando descendí a la tierra conducida por los veloces corceles de Palas y me presenté al precavido Prometeo, éste, temiendo tu venganza, no quiso saber nada de mí ni del fatídico regalo que me ordenaste entregarle en castigo de su temeraria ambición; entonces acudí a su hermano Epimeteo, el cual, menos advertido, abrió la funesta caja y los males se diseminaron por el mísero globo, quedando únicamente en aquella, porque no pudo volar, la debilucha

esperanza. Los efímeros, que vivían felices y descuidados, sin ensueños, ansias, ni fiebres ambiciosas, al conocerme conocieron ¡ay! también los deseos sin nombre, las inquietudes del alma, los dolores del pensamiento, las angustias del saber, los tormentos del orgullo, los martirios de la ilusión. Yo, apiadada de ellos y creyendo hacerles un bien, les llenaba los ojos de paradisíacas visiones que infaliblemente se convertían en sórdidas realidades o fieros desencantos. En lugar de calmarlos mis capciosas promesas los enardecía y enloquecía más. ¡Pobres criaturas! Con mortales ansias buscaban los bienes, los tesoros ocultos, las tierras prometidas, los paraísos que yo les hacía imaginar sin punto de reposo y que ellos deseaban en seguida afiebradamente. Su deseo, exasperado por múltiples y prolijas imaginaciones, que unas veces se llamaban cosmogonías, otras religiones, otras sistemas filosóficos, se plugo en espiritualizar y hacer amable la miseria del mundo y no tuvo límites; su osadía, espoleada por mil seductores espejismos, degeneró en furiosa locura; creyóse capaz de todas las conquistas y aspiró a todas. Cual si fueran víctimas de un extraño embrujo

que los impulsara a transformar tierra y cielo a compás del capricho, fueron dando los efímeros en la flor de concebir el mundo y concebirse ellos mismos, no como era aquél y eran éllos, que eso hubiera sido harto desencantador, sino como convenía a la delirante ambición humana que fueran para desear más y osar más... Así, a fin de acometer animosamente las descomunales aventuras de enderezarle los entuertos a la Naturaleza, enmendarle la plana a los dioses y otros empeños semejantes, el débil se creía fuerte, el tímido valeroso, el tonto listo, el efímero inmortal y todos osaban con más ardor; así también a fuerza de desearlo, tanto puede el deseo, la tiránica necesidad se les antojó pintiparada libertad, la arbitraria fuerza, legítimo derecho, la necesaria iniquidad, voluntaria justicia y todos también, a pesar de los cruentos desengaños que les acarreaba a cada poco tamaña tergiversación, seguían impertérritos adelante, porque yo, para consolarlos y darles nuevos bríos, tras cada derrota y cada desencanto, los arrancaba de las negruras del abatimiento metiéndoles en el alma las luces de la esperanza... Y sucedió una cosa estupenda,

maravillosa: poco a poco las inquietudes torturantes, las ansiedades dolorosas, las angustias mortales y todas las penas y todas las tristezas del ser humano empezaron a teñirse de esperanza, a tomar las formas seductoras de la esperanza, a rematar en esperanza hasta que en esperanza monda y lironda se convirtieron. Y los efímeros dejaron de sufrir, porque sufrir por lo que se quiere y considera un bien, no es sufrir; hiciéronse sonámbulos para quienes el mundo era sólo la prolongación de sí mismos y su existencia fué, desde entonces, un prodigioso y perpetuo encantamiento que los hizo insensibles a las miserias de la realidad. Uno tras otros los males, desnaturalizados y como desprovistos de sus terribles virtudes, lobos sin colmillos ni afiladas uñas, fueron entrando sumisamente en mi caja. Y por eso ¡oh, padre! en este solemne día puedo devolvértela, como me la diste: con todos los males dentro... pero, al revés de antes, sólo queda fuera, sólo queda en el mundo la esperanza, una esperanza robustecida y agigantada por el dolor infinito del hombre...

Y haciéndole a Zeus una graciosa reveren-

cia y poniéndose luego de rodillas, le entregó la caja fatal.

—¡Pandora, oh, Pandora, deliciosa criatura! —exclamaban los dioses regocijados.

— Sí, deliciosa criatura! — confirmó Apolo una vez restablecido el silencio. — Quién puede resistir a la mágia de sus encantos! Ella sola hizo por los mortales más que todos los dioses juntos. Ella convirtió la enemiga realidad en vital ilusión, los males en esperanzas. ¡Qué prodigio! Guiados por ella, enfervorizados por sus seducciones, embrujados por sus hechizos, afanáronse los hombres en divinizar las energías madres, en espiritualizar la tosca materia, en humanizar la torpe y hosca animalidad. Desde que Pandora bajó a la tierra y gracias a los sortilegios que empleó para hacerles olvidar a los efímeros su miserable condición, el hombre se hizo un animal metafísico y vive luchando heroicamente por escapar al yugo de la ley natural y vivir según su ley.

—Pero siempre fué vencido—objetó Dionisos socarronamente.—Admiro tanto como tú los encantos de Pandora; no tienen rivales en el universo. Sus prodigios fueron superiores a

los tuyos y a los míos, lo reconozco, pero no hay que llamarse a engaño ni que forjarse sobradas ilusiones sobre la influencia que pueden tener en el pleito del mortal con el cosmos. A los inmortales no nos hace daño la verdad. Y la verdad es que hasta el presente la voluntad de la Naturaleza, descubierta o enmascarada, ha imperado sola lo mismo en la tierra que en el cielo. Las religiones, las filosofías, las morales, si bien se mira, son trasuntos y difraces de aquella voluntad a la vez formidable y sutil. No has observado, Apolo, que las ideologías de cada hombre y cada pueblo se transforman a medida que lo piden las necesidades y que siempre se ponen al diapasón de los apetitos, cual si por único objeto tuvieran el acatarlos y servirlos? Y no te dice nada tan cortesano proceder? Dejémonos una vez por todas de engañifas y tapujos. Los pueblos se fabrican fatalmente los dioses que les convienen y cuando, por extraña aberración, no lo hacen así, desdichados de ellos. La necesidad es la grande antesala del pensamiento; la ilusión, la fantasía del apetito. Cada vez que el espíritu cantó su triunfo sobre la materia,

un examen escrupuloso demostraba infaliblemente que aquel era una simple prolongación de ésta.

—Pero no es menos cierto — observó sin alterarse el dios luminoso — que el espíritu, hijo rebelde y en traza de osarlo todo, sigue sin bajar cerviz frente a la madre imperiosa. Él ha sabido apoderarse de muchas potencias obscuras y ponerlas a su servicio; él le ha arrancado a la Naturaleza terribles secretos que ahora esgrime contra ella; sus inagotables artificios le enseñaron a parar los rayos de Zeus y hacer inofensivas las petrificantes miradas de Medusa; proscripto de la tierra se refugia en el cielo; perseguido por las iras celestes se encastilla y vive conspirando en el alcázar interior, a cuya puerta velan dos guardianes de espadas flamígeras: la Ilusión y la Esperanza.

Acabará el espíritu, acabará Prometeo al fin, por aceptar humildemente la ley olímpica y poner su amoroso corazón al unísono del duro corazón del universo o seguirá ofreciendo los rotos hígados al corvo pico del águila mientras en la mente acaricia la temeraria ambición de vencer a los dioses? Es aquello probable

después de haber resistido miles de años al tormento sin claudicar y ser, por su bravura, digno del perdón y el aplauso de Zeus? Cabe lo último si los dioses no lo quieren?

—Pero Apolo de mis pecados; cómo podrán los dioses quererlo? Cómo podrán los dioses dejarse vencer?

—Los padres se sacrifican por los hijos... y cuando no lo hacen, los hijos los sacrifican. Recuerda el ejemplo de nuestros antepasados. Urano, aburrido quizá de engendrar monstruos o temeroso de ellos, quiso detener el curso de la creación. A medida que le nacían hijos los iba enterrando en los abismos del Tártaro. Ge, indignada, arma a Cronos contra el cruel padre. Cronos vacila al principio, después se decide y aprovechando el momento en que Urano, solicitado por las pérfidas caricias de su esposa, iba a entregarse a las dulzuras del amor, lo ataca furiosamente, lo castra sin piedad de un fiero golpe de hoz y arroja los despojos viriles al mar. En torno a ellos se forma un leve círculo de espuma y de esa espuma nace Afrodita. ¡Oh, portento profundo!: el último vástago de la virilidad creadora es la belleza

eterna... Luego, Cronos comete idénticos crímenes que Urano: apenas nacidos engulle a sus hijos. Rea salva al último, Zeus, dándole a Cronos en vez del hijo destinado a morir, una enorme piedra oculta en los pañales del recién nacido. Nuestro abuelo la tragó sin sospechar el engaño y Zeus se cría alimentado por las abejas, las cabras, las palomas y las águilas. Y una vez en posesión de todas sus fuerzas, aprisionó y destronó a Cronos con la ayuda precisamente de Prometeo. Y bien, si el rey del Olimpo cometiera los mismos crímenes que Urano y Cronos los purgaría igualmente. Y quizá fuera el Titán su sucesor. Pero éste no pretende, por ahora al menos, destronarnos del Olimpo, sino del mundo o, mejor dicho, pretende que le demos ámplios poderes para manejarlo a su antojo. Por qué no habríamos de permitírselo?, qué perdemos? Por otra parte, quien sufrió sin ceder tantos dolores y osa aún tamaña aventura no puede sino triunfar. En todo caso la divina locura del Titán encadenado por mandato de Zeus, es el sueño color de rosa de la humanidad, lo que ésta quiere contra viento y marea, lo que ansía con fatigas de

muerte. ¡Escapar a la ley de la Naturaleza y vivir según su ley!: he ahí la grande ilusión y la grande esperanza del efímero. Esa conmovedora locura, ese místico anhelo de substraer el alma a las inexorables leyes que rigen lo creado y constituir el gobierno de una equidad caprichosa y pueril, la justicia del hombre, allí mismo donde reina la injusticia necesaria y formidable del cosmos, es paradojal y nímio y a la vez trágico y sublime porque aquel maltrecho, aunque no vencido empeño, constituye, en substancia, la cosa humana por excelencia: la rebelión del mísero primate contra el orden del universo. La civilización, el progreso, la inquietud humana, la historia del mundo toda, material y espiritual, viene de ahí.

—Y puede triunfar y sería bueno que triunfase una rebelión del efímero contra los dioses? No sería eso desquiciar el orden establecido por nosotros? Yo también fomenté algunas revoluciones en materia de cultos, usos y costumbres; puse ante los ojos del hombre toda suerte de espectáculos imaginarios y creé para su recreo, mil paraísos artificiales, pero en lo esencial, en la obediencia a los mandamientos de

Temis, siempre fuí de una perfecta ortodoxia. No creo que nada pueda existir fuera de ellos, menos aun en contra de ellos. No piensas tú lo mismo?

—Lo que sucede está en las previsiones de Zeus—respondió Apolo reposadamente.—Por lo demás la historia de la creación, rica en episodios dramáticos, registra otras rebeliones que salieron vencedoras, asegurándoles a los revolucionarios una existencia menos esclava de la fatalidad. Tal lo que podría llamarse la *insubordinación del vertebrado,* acaecida en el remoto escenario marino, cristalina y salada cuna de todas las especies. ¡Prodigiosa aventura! Al disminuir con el enfriamiento progresivo del globo la temperatura del medio vital, indispensable al progreso de los organismos existentes, la mayoría de éstos, para vivir, aunque declinando a medida que la temperatura declinaba, aceptaron humildemente la opresión exterior y se hicieron siervos sumisos de ella. Pero el vertebrado se insubordina, rehusa ponerse al diapasón del ambiente que lo constriñe a someterse o correr el riesgo de morir; no acepta la ley implacable que lo condena a en-

friarse y descender; lucha, se repliega sobre sí, reconcentra sus fuerzas, hace un esfuerzo supremo y por artes milagrosos crea la increíble, la estupenda, la maravillosa facultad de producir calor, de mantener *dentro de sí* las condiciones térmicas primitivas y óptimas que le son favorables para vivir y prosperar, y así asciende por la escala zoológica arriba, hacia formas cada vez más complicadas y perfectas de la animalidad, mientras las especies sometidas se estancan en su evolución ascendente o retroceden hacia las modalidades más inferiores de la vida.

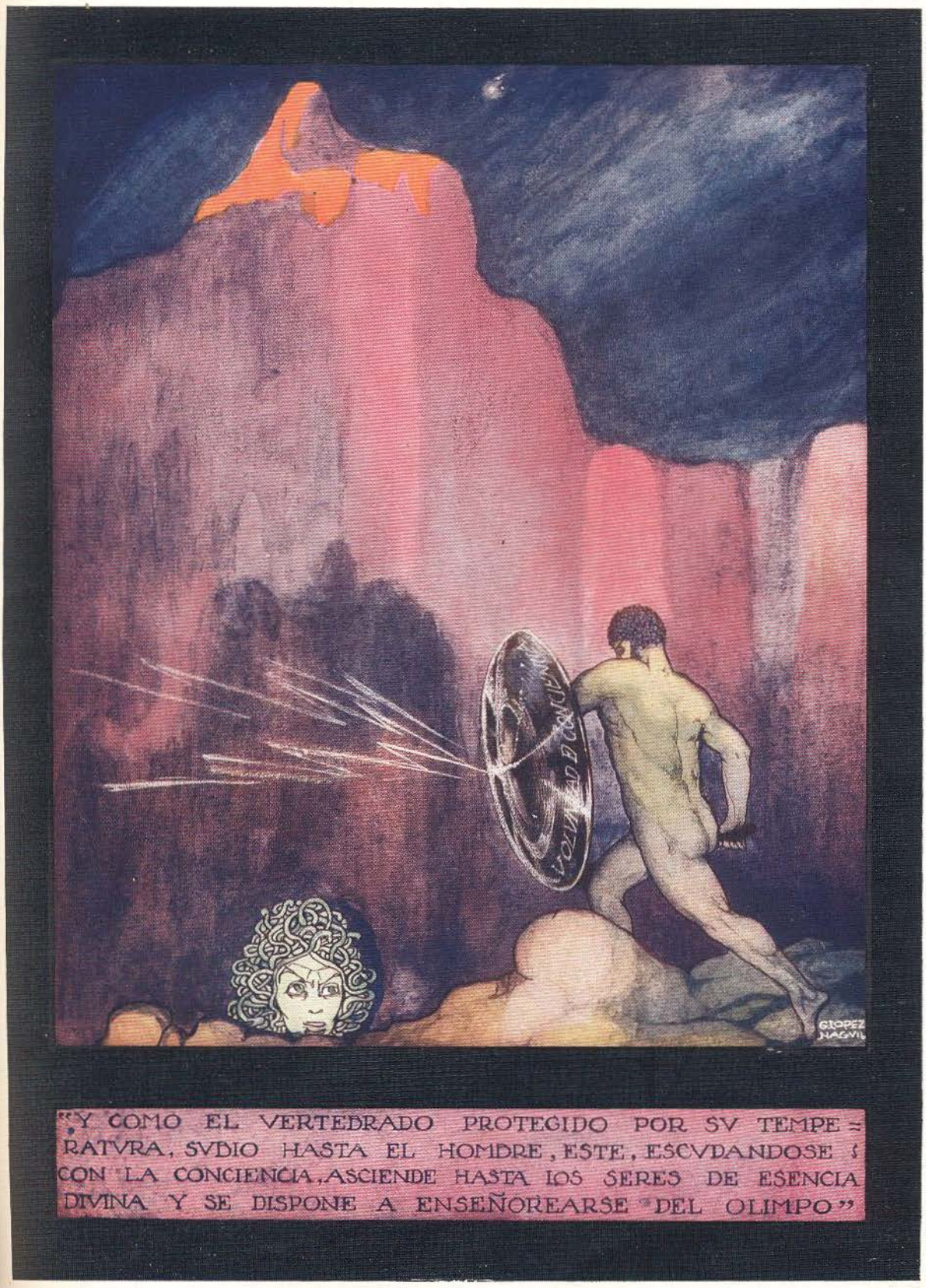
El mamífero metafísico le ha hecho a la creación una jugarreta parecida e igualmente trascendental. A fin de romper el círculo mágico de la ley natural, del que no pueden salir los seres ni las cosas; a fin de libertarse de las tiranías de la materia, que no lo deja despojarse de la vestidura animal y satisfacer sus ansias de escalar los cielos, el hombre le arroja el guante al Destino, se declara señor de pendón y caldera, se encastilla en el alma, eleva sus fibres y crea artificiosamente, *dentro de sí* también, la *temperatura moral* que producirá

luego el portento de una justicia propia, el prodigio de una conciencia, el milagro de un mundo donde no manda la cruel voluntad del universo y donde el primate libertado campa por sus respetos y vive como un rey en su reino. Y como el vertebrado, protegido por su temperatura, subió hasta el hombre, éste, haciendo escudo de su conciencia, asciende hasta los seres de esencia divina y se dispone a enseñorearse del Olimpo.

Un clamoreo en el que se confundían exclamaciones de admiración y gritos de protesta resonó en el palacio azul. Todos los dioses se agitaban y hablaban a la vez. Sólo la augusta Palas y la púdica Artemis permanecían silenciosas y quietas, la primera apoyada en la lanza de oro, la segunda en el arco de plata. Apolo contestaba a unos y a otros erguido en medio de la alborotada asamblea como un majestuoso cedro desafiando el huracán.

Jove rugó el terrible ceño, donde se amasan las tormentas, y los dioses sumisos guardaron silencio, cual callan y entran en sus casillas a la voz imperiosa del amo, los perros ladradores.

Restablecido el orden interrogó Dionisos:



"Y COMO EL VERTEDRADO PROTEGIDO POR SV TEMPE = RATVRA, SVDIO HASTA EL HOMBRE, ESTE, ESCVDANDOSE CON LA CONCIENCIA, ASCIENDE HASTA LOS SERES DE ESENCIA DIVINA Y SE DISPONE A ENSEÑOREARSE DEL OLIMPO"

—Puede Zeus permitir una enormidad semejante?

Apolo miró a Zeus, éste sonrió y entonces dijo el liróforo celeste:

—Por qué no, si el hombre lo merece? Cuántas bellas mortales, en recuerdo de sus amores, pusieron los dioses en el cielo? El mismo Jove, convertido en águila, no transportó al Olimpo al inocente Ganimedes? Las Horas no corrieron el cortinaje de nubes del portón olímpico para darle libre paso a Heracles? No está en el ánimo de nuestro padre torcer el curso de las cosas. La civilización es un estado contra naturaleza y Zeus lo ha permitido. Y, en suma, la civilización qué es sino precisamente la cifra y compendio de todo lo que el hombre, ayudado por los dioses propicios y sobre todo por Pandora, ha hecho para salir de la animalidad y establecer en el mundo el reino de la justicia humana? La guerra terrible que aflige a los efímeros y que los dioses presenciamos con horror, se me antoja sólo una crisis aguda, un pódromo de la lucha secular y perenne de aquel designio lúcido contra las fuerzas ciegas.

Y reforzando la voz prosiguió:

—Pueden creérmelo los dioses: el gran espectáculo que contemplamos sin decidirnos a tomar partido, con ser tan grande, no es, en realidad, el que ofrece a nuestros ojos atónitos el tumulto de las armas y el fragor de la batalla; otra lucha más encarnizada, mortífera y colosal, aunque menos visible, se desarrolla en un campo de honor que tiene por límites la historia del mundo y los ámbitos de la conciencia universal. En ella intervienen no sólo los ejércitos, sino los dioses, santos y héroes de las naciones beligerantes; la virtud anímica del pasado y del presente de muchos pueblos; lo que obraron, pensaron y sintieron innúmeras generaciones desde la noche remota en que nacieron, y toda esa inconmensurable substancia prisionera y concertada en el instinto de soberanía del galo y del germano, que son las dos primeras partes en la tragedia europea, por ser las dos almas que condensan más nítida y acabadamente, una el imperialismo de los apetitos, la otra el imperialismo de las ideas.

Y de industria digo instinto de soberanía porque yo se también como tú, Dionisos, que no hay actividad que no sea esfuerzo y com-

bate, ya que la tendencia a ocupar más espacio, es el ánima no sólo de los individuos y las naciones, sino de la vida misma. No se me oculta que todo organismo fisiológico o político es una gravitación sobre sí, un egoísmo que se defiende y que ataca. Preciso es confesarlo: las naciones son egoístas, interesadas, imperialistas y es saludable que, en cierta manera y proporción, lo sean para el progreso del mundo. Un pueblo sin instinto de dominio sería como un cuerpo sin alma; del mismo modo que el instinto de dominio sin atemperante alguno racional, les daría a los pueblos almas de fieras y las pondría fuera de la humanidad. Pero cuál será aquella manera y proporción? En otros términos, cómo robustecer el egoísmo invasor, que reclama la existencia y el progreso de cada quisque, con el egoísmo igualmente acaparante y necesario de los demás?; cómo conciliar la vital tendencia a ocupar más espacio de cada pueblo con el respeto de las fronteras que la confina y condena a morir?; cómo poner de acuerdo la *virtú* o el deseo de poder de cada individuo, que lo incita a obrar en el sentido del bien propio, con las reglas de la razón que

lo desarma en beneficio de la colectividad? No perecerá ésta al fin si se *desvirtúan* los elementos que la componen? ¡Arduos problemas! Francia trató de resolverlos poniéndose resueltamente del lado de la razón; Alemania hizo lo propio quebrando lanzas por la ley de la fuerza. El eterno encono del espíritu y la materia, de las potencias de la luz y las potencias de las tinieblas, revive, se encarna y alquitara en aquellas dos naciones. Y yo me pregunto ¡oh, dioses! temblando, qué debe perecer y qué debe perdurar de la pulida civilización que hicimos florecer en la Helada y el Lacio y de la cual es heredera legítima la gloriosa Francia? Qué puede salvarse de la ruda Kultur salida de los bosques germanos, acicalada por los profesores alemanes y armada de refulgentes armas por deidades que nunca habitaron el Empíreo?

—Ni aun a los dioses nos es dado saberlo —afirmó Dionisos con cierto dejo de tristeza.— Lo único que sabemos es que la suerte está echada y que otra vez, triste será para tí el confesarlo, el juicio de Dios va a establer la razón suprema de los pueblos a la existencia y el dominio. Eso debe hacerte reflexionar, Apo-

lo. Como antaño la fuerzas de las armas resulta el argumento más elocuente de las flamantes civilizaciones. A pesar del Templo de la Paz y las doctrinas de los idealistas, veinte y tres naciones se han ido a las greñas empleando para destruirse en aire, tierra y mar, una sabia y prolija imaginación, servida por máquinas de guerra y aparatos de venganza que dejan tamañitos los artificios del ingenioso Satán. Y yo, aunque no muy inclinado a filosofar, me pregunto: por qué? Será acaso que las crisis belicosas obedecen a alguna de esas leyes, crueles en apariencia, saludables en el fondo, que dicta nuestro padre y de la que ya tuvieron barruntos, Heráclito y Calicles en Grecia; Lucrecio en Roma; Mandevil, Darwin y Carlysle en Inglaterra; Pascal, Helvacio y Gobineau en Francia; Gracián en España; Petrarca en Italia; Hegel, Mommsen, Treitschke y mil otros más en Alemania? Las eternas luchas de los hombres por los bienes y privanzas del mundo tienen que resolverse fatalmente por el fuego y por el hierro como pretenden mesurados y truculentos a una los filósofos, historiadores y sabios del Imperio? Tu tan cacareada razón, guía a la hu-

manidad o son los instintos de dominio, el interés, el amor propio, los secretos resortes que la impulsan, según afirman La Rochefacauld, Hobbes y Nietzsche? El mundo es el mundo de la inteligencia, como los idealistas aseguran o el de la voluntad, como quieren Schopenhauer y Guyau? Las ideas dan pie y margen a los hechos o son los hechos los que tiránicamente dictan las ideas? El derecho es independiente de la necesidad o, lo que es idéntico, de la fuerza o sólo un legado o una máscara de ella? La fuerza, en conclusión, es para los mortales un elemento divino o un elemento diabólico?

Dionisos, después de algunos instantes de glacial silencio, agregó:

—He ahí las temerosas interrogaciones que aparecen en los horizontes morales del mundo. Nadie sabe allá abajo a ciencia cierta, si es más provechoso para el vigor y la excelsitud de la humanidad que reine en ella francamente la despiadada y a la vez fecunda voluntad de la Naturaleza, que mata, pero que matando vigoriza, vivifica y crea, o la artificiosa y sutil *voluntad de conciencia,* que lucha por libertarse

de las tiranías de aquélla refugiándose en las fortalezas del espíritu y el alma. Las dos tesis tienen ardientes panegiristas y acérrimos detractores, pero los que sostienen lo primero son, a mi entender, los mejor inspirados. La esencia de la condición humana, como la esencia de todas las cosas de tejas arriba o de tejas abajo, aseguran y en eso aciertan de medio a medio, es la lucha y el dominio; las almas, los corazones, los espíritus son tanto más nobles cuanto más belicosos, es decir, cuanto más desean extenderse e imperar; los hombres superiores son los que llevan en la frente el signo luminoso de la voluntad; los pueblos fuertes son los elegidos por Zeus para perpetuar entre los otros las leyes divinas y, en consecuencia, declaran justas las conquistas militares, eternos los derechos de la fuerza, no por ser la fuerza, sino por ser *la razón universal,* y sólo saludables para el mundo las realidades morales a que el triunfo legítimo y provechoso de los fuertes sobre los débiles, da nacimiento y vida. No te parece a tí, Apolo, que hay mucha verdad en todo eso?

— Indudablemente, pero no es toda la ver-

dad. También aciertan los que creen todo lo contrario. Para éstos la ley, no de la Naturaleza, potencia obscura que urge combatir, sino del espíritu, que apremia robustecer, es el amor y la piedad; la salud y la fuerza del mundo, la concordia de los hombres; el bien de la especie humana, el reino de la Libertad, la Justicia y el Derecho. Son dos concepciones que responden a dos antagónicos temperamentos, a dos aspiraciones divergentes, a dos opuestas culturas.

— Germania — declaró Dionisos — representa la tendencia aristocrática, el naturalismo político, el darwinismo social y en eso me place.

— Lutecia la tendencia niveladora, el racionalismo, el ideal humanitario — expuso Apolo.

— Por las mil bocas de sus profesores, Germania dice: «el derecho, la libertad, la justicia, siempre han sido el legado de la fuerza triunfante y ésta la forma perenne de la voluntad divina; los grupos dominantes crean e imponen por la fuerza primero, por el derecho después, las tablas de valores morales que gobiernan los pueblos; la crueldad es más noble y generosa que la piedad porque sacrifica el pre-

sente al porvenir, el hombre al superhombre, el individuo a la especie. La inteligencia es sólo la mano obediente de la voluntad, el alma una sirviente sumisa de la vida, el bien una forma amable del egoísmo. Dios está siempre de parte de los ejércitos más poderosos y los ejércitos más poderosos ponen siempre en el trono al verdadero Dios. Y concluye, no sin alguna razón: «El Dios germánico es el único verdadero y el Kaiser su profeta».

—Lutecia, por las inmemorables bocas de sus pensadores, artistas y vates, replica: — aseveró Apolo — «la justicia no existe en la tierra ni en el cielo, pero tiene un altar en el alma humana; reconozco la voluntad de la Naturaleza, pero en las cosas humanas no la acepto y erijo frente a ella la *voluntad de conciencia;* el fin de la civilización no es el hombre superior, sino la dicha común y la superioridad de todos los hombres; más alta virtud que la fuerza es la gracia; más noble don que el pensar el sentir; más fuertes los derechos del hombre que los derechos del más fuerte. Todas las religiones son legítimas y los dioses de todos los pueblos verdaderos». Y bien, concretando

en una sola expresión el residuo último, la quinta esencia, el substratum, por decirlo todo, de una y otra concepción de la vida, podría grabarse en el pendón marcial de Germania este lema: Fuerza, en el estandarte guerrero de Lutecia esta mágica palabra: Justicia. La lucha de la Fuerza y la Justicia, vale decir, de la ley del cosmos y la ley del hombre, es la historia del mundo. Por eso dije antes que en esta guerra no se trata de otra cosa sino del viejo pleito y la sempiterna lucha entre la razón universal, que es fuerza, y la razón humana, que es justicia.

—Pero ¿qué es la justicia misma sino una forma de la fuerza? ¿Has visto tú, Apolo, no ya entre los mortales, sino entre los dioses mismos que impere alguna vez la justicia del vencido? El código del vencedor: he ahí la justicia Esta muda de ropaje y hasta de sexo con harta frecuencia; unas veces va bien engalanada, otras en harapos; ya es macho, ya hembra, pero nunca deja de ser hija de su madre ni de mostrar los colmillos y las zarpas. ¿Por qué tienes por más noble y legítima la justicia que la fuerza si son los mismos perros con diferentes collares?

"LA LVCHA DE LA FVERZA Y LA JVSTICIA. VALE DECIR, DE LA LEY DEL COSMOS Y LA LEY DEL HOMBRE. ES LA HISTORIA DEL MVNDO".

Apolo respondió sin turbarse:

—Existe una razón esencial, Dionisos: la justicia va ungida por la grande esperanza humana, la fuerza no.

—Hum! palabras, palabras... En resumidas cuentas, Lutecia se pone de parte de la pequeña razón, quiero decir, de parte del hombre contra Zeus. No te parece insensata temeridad? Te confesaré, a fin de que no interpretes mal mis palabras e intenciones, que yo no tengo mayor simpatía por Germania; a pesar del culto ostentoso que me rinde siento que no me ama sino pedagógicamente. Tu sabes que las pedagogas y las latiniparlas me apestan. Por otra parte la encuentro desabrida, sosa, lela e insoportablemente pedante. Las cualidades que sería injusto negarle, no llegan nunca a convertirse en atractivos; no llegan nunca a esa armoniosa fusión de la gracia y la fuerza en que estriba el encanto de Artemis cuando dispara sus flechas. Pero en esta emergencia se me ocurre que Germania obra con grande cautela y discernimiento acatando la ley olímpica. Su imperialismo, aunque despiadado y brutal, hunde las raíces en tierra firme y rica. Si toda actividad, bien considera-

da, es puro combate, como Joh ya lo dijo en la tierra hace miles de años, y sólo por el combate, como nosotros sabemos, se establecen las eternas jerarquías de los elementos, los seres y las cosas, la nación que mejor batalle en las múltiples palestras de la actividad humana, será la más fuerte, la más noble, la más fecunda para el mundo y la que, por ley natural, impondrá sus leyes y constituirá los imperios más durables de la idea o la espada. Los hechos lo prueban. La historia y además el saber que sale de los laboratorios, libre de supersticiones y limpio de *moralina,* autorizan a proclamar los derechos primigenios de la fuerza; la legitimidad de las conquistas a mano armada; la organización marcial de las ciencias, artes e industrias; los evangelios políticos de Federico el Grande y Bismarck y hasta las atrocidades de Lovaina. Qué derecho no es una fuerza? Qué legitimidad no es una violencia? Qué organización no es un plan de ataque? Qué evangelio no es un código militar? Qué atrocidad no es justa si ha podido cometerse y Zeus no la castiga? Considerando el espectáculo del universo y el mundo, Germania puede aseverar que sólo las divinas jerar-

quías que establece en todo órdenes de cosas la fuerza, virtud de convertir los designios en realidades, son legítimas y eternas. No es digno de nosotros, Apolo, el gargarizarnos con palabras huecas y frases campanudas. Las fuerzas de las ideas, tan cacareadas por tus prosélitos, es un mito cuando las ideas no son la expresión de la fuerza; el derecho, sin fuerza real para sustentarlo, es un contrasentido, una negación, una nonada. Si Lutecia vence a Germania no será por el derecho, sino porque a la fuerza de Germania sabrá oponer otra fuerza mayor. Te lo repito: el código del vencedor, he ahí la justicia. Por lo demás la vida que es lucha y expansión, sólo acepta las verdades que la ponen de acuerdo con las leyes del universo, que también son expansión y lucha. Y es el criterio de esa señora el que resuelve a la postre los litigios de los pueblos. Lo más vital vence siempre.

—Ya he dicho—objetó Apolo con viveza—cómo del odio nace el amor, de la discordia la armonía. Sí, la vida sólo acepta las verdades que la ponen de acuerdo con las leyes fundamentales del universo; pero, por otra parte, ella crea y dicta las verdades humanas, entiéndelo bien,

Dionisos, las *verdades humanas* que le convienen aunque sean, desde el punto de vista científico o real, puras fantasmagorías; desecha las verdades que no la sirven, aunque sean muy verdaderas y, siguiendo sus misteriosos designios, les pone a las cosas las etiquetas del Bien y el Mal. Y tal acontece porque la vida, como el amor, tiene razones que la razón no conoce. Más que de verdades lógicas, se alimenta de ilusiones vitales. Y entre éstas, la más poderosa, la más fecunda es la de establecer el reino de la equidad y la dicha en el imperio de la injusticia y el dolor. Esa es la grande esperanza humana y eso lo que hizo nacer y hace vivir a la humanidad. Lo repito: la era de la humanidad comienza con aquella esperanza y en ella radica la grandeza de la humanidad. Lo que se muestra adverso al sueño radioso por el que sin tregua bregaron y sufrieron los hombres desde que fueron hombres, resulta siempre anti-humano, porque lo humano, por excelencia es aquel ensueño; lo que va contra el temerario intento de oponer a la ciega y despiadada voluntad del cosmos, la inteligente y piadosa voluntad del hombre, no

puede ser sino traición, porque el hombre es un puro egoísmo... que remata, por tácito convenio, en pura sed de justicia; lo que tiende a empecer o destruir la ilusión que gobierna al mundo y acarician los hombres como el más grande bien, no cabe que sea sino crimen de lesa humanidad, porque la tal ilusión, ¡cosa extraña! es lo único que le da sentido y significado a la vida, la cual, en sí, no tiene significado ni explicación, y lo único también que legitima las pretensiones del ideal superior y los postulados de la conciencia que lo autorizan, insostenibles como verdades lógicas, verdaderos y saludables como ilusiones voluntarias.

En no haberlo reconocido a su tiempo, estriba el error, el colosal error de la cultura alemana; cultura sin fineza crítica ni sales de humanismo; sin fermentos caballerescos ni levadura de amor, que arrancando de la torpe glorificación del hecho, en que viene a parar macarrónicamente el fachendoso idealismo de Kant y Hegel y pasando por las teorías de los sabios, filósofos e historiadores alemanes, desde Fichte y Mommsen hasta Treitschke y Ostwald, remata, haciendo caso omiso de la ilusión uni-

versal, en el pangermanismo y las insanas doctrinas de los escritores militares de la escuela de Bernhardi. ¡Dominar, poseer! Este fervor belicoso y ansia acaparante del imperio germánico, se ha dicho que es la sistemática obra de las universidades alemanas, y el aserto resulta verídico si se agrega que esas universidades han sido concitadas y constreñidas a ello por las propensiones naturales y las necesidades orgánicas de la nación. La inteligencia germana no ha hecho otra cosa que servir, acaso un poco bajamente, el deseo de poder alemán. Servir la voluntad, *con discernimiento de lo humano,* he ahí la sana función de la inteligencia en cada hombre y en cada pueblo. Pero es el caso que el deseo de poder alemán no era sino el deseo de poder del feudalismo prusiano en que se reabsorbió la voluntad de la Alemania del imperativo categórico, las *grechens* y los claros de luna al constituirse el Imperio. Y el feudalismo prusiano no comulgó jamás con las grandes esperanzas de concordia y dicha común; de libertad, espiritualidad y universalidad, en suma, que son así como el delicado tuétano del latinismo; nunca fué de-

mocrático ni pacifista; nunca aceptó, sino de dientes para afuera, los principios de la Grande Revolución, que en mayor o menor dosis, circulan en todos los organismos políticos; nunca reconoció el contrato social, ni los derechos del hombre, ni la inviolabilidad de los territorios extranjeros. Siempre que pudo derribó los dioses Términus y, como los antiguos, puso en su lugar una guerrera lanza, dando a entender por ese arte que el señorío de la tierra no es el resultado del convenio, sino el producto de la conquista. Ese virus prusiano, que se reconcentró en el alma dura de Bismarck, pasó con sus cínicas teorías y las de los profesores que lo endiosaron, al torrente circulatorio de la nación alemana ya constituída. Al revés de lo que debía suceder, según las optimistas previsiones de los filósofos, la levadura feudal absorbió a la masa. La ciencia, la filosofía, la industria y hasta la religión se prusianizaron e hicieron invasoras; todas las actividades, al intensificarse, tornáronse imperialistas; las líricas trompetas, las febriles usinas y los austeros institutos, proclamaron y favorecieron sin pararse en barras ni cristianos miramientos, las

invasiones militares, las infiltraciones mercantiles, las penetraciones científicas, las conquistas económicas; con fines de expansión y dominio los poderosos métodos de los laboratorios se aplicaron pacientemente a la política y el comercio, y el espíritu belicoso y la estrategia militar a las universidades y las fábricas. Con esta especie de movilización de la inteligencia y la voluntad nacionales, enfervorizadas de antemano por un misticismo utilitario y de circunstancias, cristalizó el espíritu científico o de organización en el cerebro de todo alemán y el ansia de dominio universal en toda alma germana. A la razón y la sensibilidad latinas, de noble estirpe, pero un tanto desvirtuadas por las molicies ingénitas a los refinamientos extremados y los desvaríos del idealismo ensoñador, opuso Germania, y con ello operó una reacción saludable contra los excesos del intelectualismo, la razón económica, el realismo político y la franca voluntad de dominación. En todas las farmacias y especialmente en las favorecidas por GuillermoII, *deliciæ generis humani,* como lo llama el profesor berlinés Lasson, se fabricaban y expendían las píldoras imperialistas.

El pueblo se fué intoxicando. Las energías todas, aun las espirituales, regimentadas por el Estado en los cuarteles y las escuelas, pusiéronse incondicionalmente al servicio de aquella voluntad. Para robustecerla, las verdades universales fueron deformadas y convertidas en verdad alemana. Los historiadores falsificaron los hechos, los filósofos las ideas, los moralistas las nociones del bien y el mal. Las doctrinas ferozmente imperialistas, que en los otros países no salieron jamás del inofensivo terreno de la especulación filosófica, fueron formuladas y practicadas concienzudamente por Alemania en sus relaciones con el resto del mundo. Una organización fabulosa de los apetitos, cual nunca conocieron los anales humanos, reunió en apretada falange las actividades de la nación entera y la encaminó por sendas vedadas a la conquista militar, comercial e industrial del globo. Interpretando torcidamente tu culto, Dionisos, los profesores alemanes destruyeron mis normas, así como las sabias leyes instituídas por Palas en Atenas, también los dulces preceptos del Galileo y ahitos de orgullo, dictaron los dogmas y las

tablas morales de una cultura monstruosa, toda pedantería, sandez y crueldad.

—Sin embargo, —consideró Dionisos como dudando —los zumos de esa cultura monstruosa le han permitido al Imperio organizarse férreamente y dilatar sus dominios en todas las esferas del saber y la producción. Cómo puede ser esto siendo aquella cultura tan rematadamente mala? Si al árbol se le juzga por sus frutos, fuerza es confesar la excelencia del árbol germano. Como productor de concertadas energías, orden político e inteligencia científica no tiene rival.

Apolo replicó sacudiendo la blonda cabellera:

—Pero su sombra es maléfica para la lozanía de la planta humana; sus flores monstruosas no tienen aroma ni variado color; sus frutos, opulentos y agrios, no satisfacen sino el rudo paladar germano; su sávia robusta alimenta un organismo no más. «Sólo es rico aquel que en los otros se sienten ricos». Y bien, en la riqueza alemana, las demás naciones no se sienten ricas. Su egoísmo no ha llegado aún a ese punto de perfecta madurez

en que lo particular se volatiliza espiritualmente y funde con lo general; su aspiración, va contra la aspiración de todos; su ideal, no es el ideal de la humanidad; su conciencia, no es la conciencia universal. Los pueblos, aun considerándolas vencedoras, rechazan las tablas de valores morales del pueblo alemán por crerlas opuestas a la grande ilusión de los hombres. Esta, al fin de cuentas, es más eficaz que el saber. Por ignorarlo el germano nunca supo inspirar simpatías. Posee la ciencia y la fuerza, mas no el don y la gracia. Y la fuerza y la ciencia son cosas indigestas, repugnantes, odiosas, cuando no revisten formas amables y se convierten en simpatía, altruísmo, ilusión vital, en lo que ha menester, en una palabra, el Espíritu, para urdir con hilos de seda, plata y oro, el vasto tapiz de la esperanza humana.

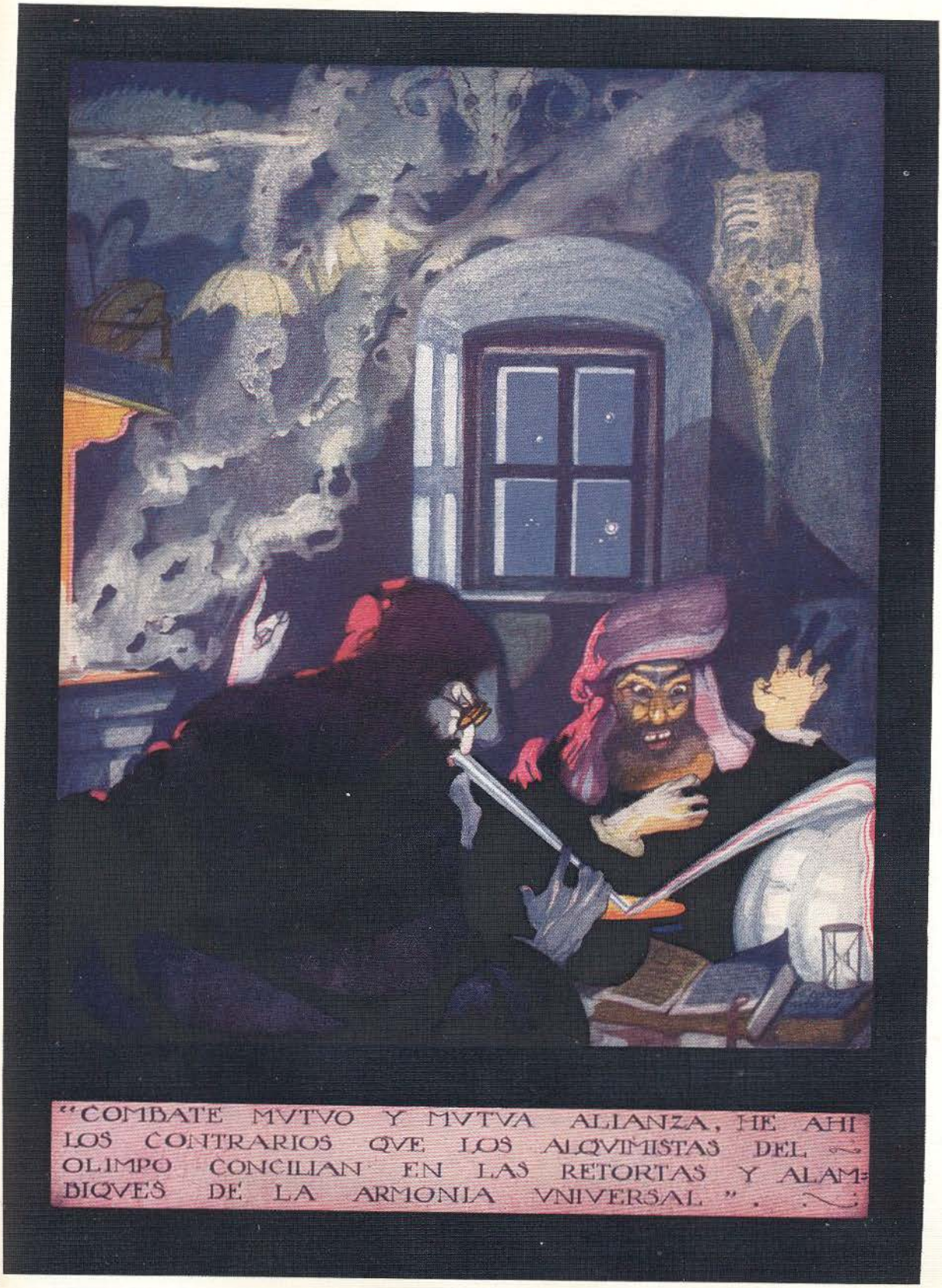
— Pero en justicia — contestó Dionisos impaciente — sólo puede reprochársele al Imperio la falta de tacto y gusto en las formas de practicar el culto de la fuerza, no la ilegitimidad de él, porque, si bien se mira, todas las naciones lo practicaron ayer sin saberlo y lo practican hoy más o menos sistemáticamente, desde que

las filosofías de la inteligencia se trocaron en filosofías de la voluntad y con ellas las morales artificiosamente altruístas, en morales socialmente utilitarias; los pecados de producir y acaparar, en virtudes sociales; los condenados egoísmos en raíces y nervios de la vida. Y en religiones de la vida vienen a rematar a la postre por diversos caminos las filosofías, morales y religiosas de todos los pueblos. Ella es la cosa sagrada; la fuerza que la aquilata y pondera, lo divino; la riqueza que la sirve, la virtud social. Las nuevas tablas de la ley ciñen la testa de la vida con una corona de oro y le ponen en las manos el cetro jupiterino. Antes que las demás naciones Germania vislumbró el nuevo signo de los tiempos y reconoció los imperiosos mandatos de Ares y Hermes. He ahí la causa de su indiscutible poderío.

—Mas ese poderío, por desoir Germania en su satánico orgullo los mandatos de otros dioses no menos poderosos que los de la guerra y el lucro, la indujo a ir contra la grande aspiración del mundo hacia la paz y romper el pacto de lealdad, concordia y justicia, que por el hecho de coexistir, han formulado implícitamente

las naciones civilizadas. Faltóle al pan de la Kultur para ser asimilado por la humanidad, aquel dulzor de simpatía, aquella amorosa levadura que Jesús puso en el pan cristiano. De ahí que sea amargo e indigesto, aunque científicamente confeccionado; de ahí que, al salir del horno alemán y enfriarse, se convierta en bodrio mortífero para los otros pueblos. No tengo por qué ocultarlo: detesto la Kultur y pido a los dioses que a muerte sea condenada. El mundo no perdería gran cosa. A pesar de su enorme petulancia la Kultur no ha producido ningún tipo humano superior ni esas *beaux maeurs* en que cierto profesor de Basilea, muy sutil, aunque alemán, veía la flor y reconocía la sal de las civilizaciones avanzadas y finas. En cambio ha exaltado y así como embravecido la simpleza, la duplicidad y la barbarie de que, refiriéndose a sus compatriotas, nos hablan los grandes alemanes Goethe, Herder, Heine, Schopenhauer, Nietzsche. Los elementos nobles y utilizables de la civilización alemana: el culto de la energía, la acción y el oro, no como fuerza material sola, sino como semilla de la voluntad y habitáculo sagrado del deseo de poder,

lo que transforma el vil metal en substancia divina, lo poseen, expurgados de principios tóxicos, el alma viril del inglés y el yanqui, almas de ataque, almas invasoras, pero que saben mantenerse dentro del diapasón humano y no desafinan en el concierto de las voluntades que pugnan por establecer el bien universal en la palestra misma de la competencia y la lucha. La vida intensa no excluye las relaciones amables entre los países como no las excluye entre los individuos de una misma patria. La fuerza, como la riqueza, impone altos deberes morales de solidaridad; implica más bien la protección que no el aniquilamiento de los débiles. Combate mutuo y mutua alianza, he ahí los *contrarios* que los alquimistas del Olimpo concilian en las retortas y alambiques de la armonía universal. En la tierra el culto de la Vida no será jamás el culto de la muerte; lo humano no será nunca lo inhumano; la norma del hombre no podrán darla jamás los hombres que no tienen una conciencia de hombres. Si la humanidad rechaza con horror la razón germana, es porque la religión de la vida estrechó su círculo y tomó en la Alemania prusianizada,



"COMBATE MVTVO Y MVTVA ALIANZA, HE AHI LOS CONTRARIOS QVE LOS ALQVIMISTAS DEL OLIMPO CONCILIAN EN LAS RETORTAS Y ALAMBIQVES DE LA ARMONIA VNIVERSAL".

la forma obtusa y agresiva del pangermanismo, el cual, si bien sirve los intereses alemanes inmediatos, está en abierta oposición con las aspiraciones de la conciencia mundial y encarna un peligro inminente para los pueblos de cultura greco-latina sobre todo, de esa cultura cuyos principios de universalidad la hacen simpática y propicia a los intereses espirituales de todas las naciones. Para defender una tradición gloriosa y una divina locura, la locura de Prometeo, se yergue Lutecia frente a Germania. Aquella tiene los ojos verdes como las risueñas praderas del mundo; ésta los ojos azules como la impasibilidad del cielo.

La humanidad ama el color de la esperanza.

Dionisos reflexionó un instante y luego con voz grave y como preñada de arrullos declaró:

— Yo también amo el color de la esperanza; mi encendido y constante amor por Ariana lo prueba; yo, como tú, estoy obligado a defender la civilización que juntos hicimos florecer en la Helade y en el Lacio; yo como tú quiero de la entraña a la amable Lutecia y jamás contrariaré los designios de Atena, su numen protector, porque nunca podré olvidar que cuando

los Titanes me arrojaron en una olla de agua hirviendo, después de haberme descuartizado cruelmente, ella recogió del suelo mi corazón aún palpitante y se lo entregó a Jove, que me formó de nuevo. A ella le debo la vida; mi corazón siempre será suyo.

Y cambiando de acento prosiguió:

—Yo no estimo de Germania sino lo que la acerca a mí. No crean por eso los dioses que soy germanófilo. Como podría querer a un pueblo que no sabe reir ni danzar? Pero no lo condeno a muerte como tú, Apolo, aunque sus simplezas y abominaciones me sean tan repulsivas como a tí. Germania no posee el don ni la gracia, pero posee la ciencia y la fuerza, que no son cosas despreciables. Despojados de sus principios tóxicos; limpios de *bismarquinas* y *spurlos* los caldos de la Kultur serían acaso un gran reconstituyente para la sangre un tanto anemiada del latino. Pero quien podrá convertir el veneno en medicina?

—Lutecia misma — respondió Apolo resueltamente. — La misión histórica de Francia en el drama actual es, no tanto ponerle trabas y diques a la invasión de los bárbaros, cuanto

asimilarse primero y convertir después en levaduras morales, los principios, las doctrinas y los métodos que le dieron a Prusia el poderío material.

— Y podrá hacerlo Lutecia?

— Sin duda alguna: su don de simpatía y universalidad siempre supo humanizar y revestir de formas amables los feroces instintos de dominación. Oid ¡oh, dioses! Francia es en los vergeles espirituales del mundo el árbol de Minerva, un majestuoso olivo cubierto de frutos, florecido de rosas y poblado de pájaros cantores. Su inteligencia, su arte, su poesía diríase macerados en aromas y trinos. Como la rosa, todo lo que es francés, atrae irresistiblemente las miradas; como el ruiseñor, cuando deja oir sus arpegios, al hablar Lutecia canta y su canto caricioso es para los hombres lo que para los tiernos infantes la cantilena de las nodrizas: ahuyenta el miedo, cierra los ojos al mal, mitiga la pena y llena el alma de esperanza. Atenas y Roma, sus hadas madrinas, pusieron en el amoroso corazón de Francia la virtud de todas las euritmias y la prepararon lo mismo para la galana empresa de arte que para el arresto

heroico. Una le dió la mitra y la lira mías, tu flauta y tu tirso y el escudo y la lanza de Palas; la otra la cava gladiadora y las sandalias de Hermes. De Grecia recibe el sentido de las proporciones, la claridad, la precisión, la ironía alada, la gracia divina; de Italia el vigor, la sobriedad, la razón ciudadana, el sentido de lo útil y lo social. Los zumos de una y otra cultura fundidos en el humanismo se filtran y depuran en el alma cristiana de Lutecia, la ornan luego con todas las elegancias del espíritu y poco a poco la templan, ennoblecen y ponderan para que echen hondas raíces allí y den óptimos ramos la sociabilidad, las ideas generales, el precioso don de lo universal.

Tomó aliento y continuó:

—El ideal humano es una rosa de Francia. Lutecia, como aquella encantadora Manon Phlipon, podría decir: «Alejandro, para conquistarlos, deseaba que hubiese otros mundos, para amarlos desearía yo que los hubiera». Gracias al influjo de este calor comunicativo el pensamiento francés ha hecho suyas todas las aspiraciones de la humanidad y no parece extranjero en ninguna nación; no hay ninguna que no le

deba algo, muchas lo mejor de sí mismas y son muy pocas las que no llevan en el medallón del alma, como un recuerdo de sus primeros amores, la imagen adorada del bello París. Desde la Edad Media la literatura francesa introduce en la cultura general la levadura *humanitas* y después los fermentos del idealismo social, los códigos sentimentales y las modas líricas. Rabelais, Calvino y Montaigne llenan el siglo XVI; Descartes, Pascal, La Rochefoucauld y Molière el XVII; Montesquieu, Voltaire, Rousseau y Buffon el XVIII; Comte, Proudhom, Hugo, Pasteur, Renán, Verlaine el XIX; Bergson los comienzos del XX. Lo que es justeza, transparencia, elegancia, fineza sale de Francia; lo que es entusiasmo, altruísmo, independencia, ánimo generoso, espíritu fraternal lleva el cuño francés. Si la cultura de más subidos quilates es aquella que produce hombres más completos, ninguna, después de la cultura griega, aventaja ni siquiera iguala a la cultura francesa. A pesar del incurable irrealismo y los prejuicios obtusos contra las actividades mercantiles que, entre tantas excelencias y como natural reverso de ellas, entrañaba el humanismo; a pesar

de la verbogracia, la sensiblería, las embriagueces literarias y los opios enervantes del intelectualismo, hasta mediados del siglo XIX las disciplinas francesas fueron las más eficaces para la formación del espíritu y la educación realmente humana del carácter. La invención de la decadencia de la raza es una burda especie. Nunca el galo ostentó cualidades más diversas ni brillantes que en la época contemporánea; nunca tuvo más enjundia ni fuste el pensar y el sentir franceses. Lo que hubo fué que el medio social cambió: tornóse realista, positivo, utilitario y ciertas aptitudes, las efectivas en particular, dejaron de ser actuales, perdieron gran parte de su eficaz influjo y hasta llegaron a parecer antagónicas a las virtudes viriles y productivas que reclamaba con urgencia el signo de los tiempos, el reino de la acción, el batallador imperialismo de todas las naciones, de todas las clases y de todas las actividades.

— Y en efecto — consideró Dionisos — había algo podrido en Dinamarca: mucha retórica, mucho claro de luna, mucho canto del ruiseñor. No sin alguna razón decía el maleante Renán:

«Francia morirá por culpa de sus hombres de letras»; no sin algunos atisbos de verdad afirma el travieso Anatole France: «la literatura es el opio del occidente». Los que analizan demasiado la vida no la viven; los refinamientos excesivos de la sensibilidad traen aparejados, harto frecuentemente, la ironía y el escepticismo; las elegancias espirituales suelen degenerar en incapacidad práctica; las extremas delicadezas del alma mellan los filos de la voluntad. He ahí por qué humanismo y realismo, espíritu clásico y espíritu científico, razón lógica y razón universal, egoísmo y desinterés no fueron, sino a ratos, buenos amigos; y aunque reconozco que el reconciliarlos es una necesidad urgentísima de la civilización y será acaso la obra magna del siglo XX, aquellos elementos adversos se excluyen todavía y dan ocasión a la pugna de los contemplativos y los activos y a la derrota irremisible de los primeros en la arena candente de la competencia universal. Por algo quería Platón coronar de rosas a los poetas y expulsarlos luego de la república.

—Pero te haré observar, Dionisos, que el irrealismo, mal esencialmente literario, y los

tócigos destructores de las energías viriles no compusieron nunca el tuétano de la gala cultura, sino que constituían un vicio superficial, una erupción de la piel que saltaba a la vista de los observadores incautos y les impedía ver la Francia eterna, la Francia que deponiendo mi lira augusta y tu flauta mágica ha vestido los arreos guerreros y le da al mundo asombrado un ejemplo de dignidad nacional y heroísmo a la manera espartana. Antes de la guerra existía ya esa Francia en la reacción encarnada por la juventud de las universidades y las palestras contra el escepticismo enervante de las generaciones vencidas en 1870; contra los artificios del intelectualismo; contra el desprecio de las actividades prácticas, que falsos sacerdotes de mi culto predicaron y, en fin, contra todo lo que fueran opios de la voluntad, filtros adormecedores de las energías nacionales. Despertaba el gallo galo; renacía el orgullo francés; Lutecia se sentía de nuevo capaz de grandes cosas; la Palas greco-latina, la de los ojos color esperanza, miraba hacia los Vosgos y requería otra vez la lanza y el escudo. La fórmula nacionalista: «la tierra y los

muertos», triunfaba entre la juventud estudiosa, a la par que la influencia de los aviadores, los pugilistas y los atletas le comunicaba al resto de ella el gusto de la acción, el esfuerzo y la audacia. Esa juventud, toda confianza y todo ardimiento, palpaba la anarquía moral, intelectual y política en que, a vueltas de tantas promesas, venía a rematar el idealismo revolucionario, y sintiéndose vendida se hizo realista, utilitaria, nacionalista; empalagada de tanta mentirola y gollería jacobina dejó de oir el canto de las sirenas, los discursos sutiles de los sofistas, que la incitaban al suicidio nacional y solo prestó el oído a los órganos de las catedrales, que le hablaban de lo infinito y a los rotundos acordes de la Marsellesa, que le hablaban de la patria. Cuando llegó la hora suprema de los grandes sacrificios, esa juventud tachada de prosaica e interesada, fué la primera en sonar los bélicos clarines y la que encendió en divina cólera el alma de la nación entera. Y he ahí como se operó el milagro del Marne y repitieron por la muñeca de Lotz, los inefables heroísmos de la muñeca de Orleans.

Lo que va a perecer y es bueno que perezca de la cultura greco-latina, de la que cabe considerar a Francia como el paradigma y la flor, es lo que estaba podrido y condenado a muerte por la juventud francesa antes de la invasión del germano y lo que hoy de hecho en las trincheras muere: una gran parte del espíritu de Rousseau, lo que tenía de utópico y enervante; el escepticismo suicida de los mandarines de las letras; los espejismos engañadores de la razón razonante, que es lo contrario de mi razón; los idealismos sin arraigo en la realidad fisiológica; los estúpidos prejuicios de las democracias con respecto a las jerarquías sociales, la fuerza y el oro; la enfermiza disposición sentimental; el canto de los cisnes embalsamados; las moralinas destructoras de la voluntad. Y de esas trincheras, donde tantas cosas se funden o cristalizan, se evaporan o aparecen en los tenebrosos matraces de la realidad viva y trágica, saldrán las nuevas «Tablas de la ley» que gobernarán en lo futuro las conciencias.

De qué mixturas espirituales se compondrán? Predominarán los elementos realistas, científi-

cos, utilitarios o los místicos, de cuyo misterioso poder no se conoce el alcance aún? Quién gozará de mayor predicamento, tú o yo? Prometeo o los dioses? La augusta Palas o la seductora Afrodita? La severa Temis o la deliciosa Pandora? ¡Arduo problema! Sin embargo, todo bien pensado y medido, determinados hechos e indicios, actuales unos, anteriores a la guerra otros, dan margen a ciertos barruntos de lo que será la nueva moral de los pueblos. A todas luces una crítica avisada, luego de reconocer los fueros de la Naturaleza y, al mismo tiempo, la legitimidad de la esperanza humana, se esforzará por conciliar, en lo posible, la razón del universo y la razón del hombre. Si hay discordancias existen también afinidades; la ciencia ha descubierto algunas que permiten vislumbrar una probable fusión y armonía de los *contrarios*. Sí; la materia tiene sus fueros, el espíritu los suyos, pero urge recordar que éste es el hijo de aquélla y ambos nietos de los dioses. Las filosofías de la voluntad, el *energético* y la intuición en regalada privanza antes del conflicto mundial, así como el culto de la acción y la vida en que se tradu-

cían prácticamente, implicaban una tendencia antiracionalista que la dura experiencia de la guerra afirma y robustece a diario, poniendo ante los ojos cegados por las cataratas idealistas, la irrisoria vanidad de la justicia teórica frente a la fuerza real; las lamentables flaquezas de las morales desinteresadas para resistir, sin vapores ni desmayos, los galanteos de los apetitos; la supremacía de los intereses en las relaciones de los hombres y, en fin, el determinismo económico de los fenómenos sociales.

Mas, por otra parte, el resurgimiento inopinado de las virtudes heroicas y el espíritu religioso en la época más positivista y mercantilizada de la historia, y, por añadidura, la certeza científica de la legitimidad y la eficacia de la ilusión como servidora de la vida, dan claros indicios de que, si bien las evaluaciones de un realismo integral, substituirán a los viejos valores románticos, ese realismo no será la proyección lógica de un inhumano y macarrónico naturalismo a la alemana, sino el hijo carnal del deseo de poder, imperante en el universo entero, con la voluntad de conciencia que sólo alienta en el alma del hombre. Es muy posible

y aun probable que las morales futuras sienten sus basas sobre la roca firme del egoísmo, como antaño sobre la arena movediza del desinterés, más ese egoísmo, lejos de ponerle trabas a las ilusiones fastuosas y divinas esperanzas de los mortales, les servirá de rodrigón y las hará viables, destruyendo previamente, por la sola virtud de su naturaleza, mitad ángel, mitad demonio, las tozudas antinomias que existen entre el derecho y la fuerza, entre el interés propio y el ajeno, entre el mundo y el cosmos.

—Buena falta hace—afirmó el bello Dionisos. —Aunque nobles y bien intencionadas las morales altruístas no supieron hacerlo y perpetraron un gran crimen: pusieron al individuo en abierta pugna consigo mismo, y naturalmente, como no podía menos de suceder, obrando tan contra naturaleza, remataron en hipocresía y embuste. ¡Grotesca pantomima! se mantenían las histriónicas apariencias del desinterés y se obraba interesadamente. Y quieras que no, todo el mundo vivía en la mentira y el fraude. De ahí, sin duda, el malestar profundo de la conciencia contemporánea y las

contradicciones fragantes de su moral. La guerra ha hecho a éstas más visibles por ser ella misma una crisis aguda de la lucha en que, sin reconocerse y siendo hermanos, pretenden destruirse el egoísmo y el desinterés; en que siendo madre e hija quieren aniquilarse, la mínima razón del hombre y la máxima razón de la Naturaleza.

—Esa lucha colosal y perenne — aseveró el radioso arquero — trasunto de la guerra colosal de los dioses con los Titanes, antes de establecerse el nuevo orden de cosas presidido por Jove, informa la civilización toda y es la historia secreta de la humanidad, del mismo modo que antes la lucha de las fuerzas ciegas con las fuerzas lúcidas fué la historia del universo cuando reinaba el caos. La inteligencia de Zeus triunfó en el Olimpo, la inteligencia del hombre triunfará en el mundo. La Naturaleza tiende fatalmente a convertir las discordias en armonías y transformar la materia en vida, la vida en espíritu, el espíritu en conciencia o ley humana. Por su condición amorosa y ensoñadora, fiebre del alma y don de lo universal, Francia se hizo, desde muy remotos tiempos,

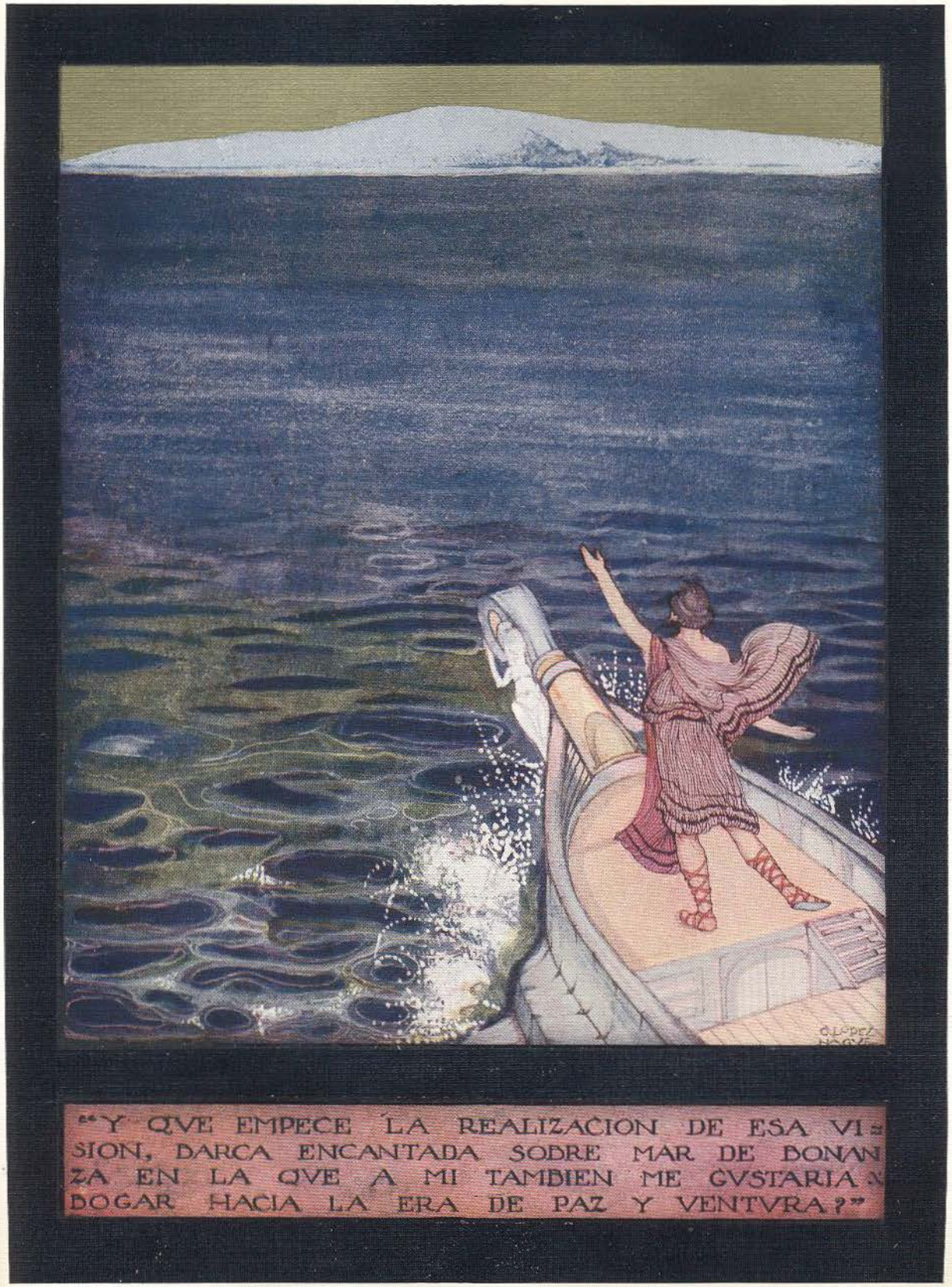
algo así como la pitonisa de la ley del hombre. Todas las ilusiones idealistas y todos los sueños de dicha común, tuvieron en ella eco simpático y arrimo de amor. Su lírico corazón fué y sigue siendo, el tabernáculo de la esperanza humana; sus pendones guerreros son las enseñas de la heroica ambición que incita a los efímeros a rebelarse contra la despiadada voluntad de los dioses adversos. Por eso van hacia Lutecia la calurosa simpatía de los pueblos que prefieren a la realidad olímpica la realidad moral. Esta puede vencer, pero aquélla no puede ser enteramente vencida ni conviene que lo sea. Las energías cósmicas son necesarias al vigor de las almas. Sin esa enjundia robusta la grande esperanza del hombre remataría en puerilidad y sandez. La humanidad empieza a tener nítida percepción de ello y reclama con ansias mortales la formación de una nueva conciencia, toda luz, pero también toda fuerza; de una conciencia que no sea, como lo quiso el espiritualismo, raquítica planta de estufa, flor de trapo, apariencia sin vida, sino árbol potente, nutrido por las raíces con los jugos vitales del mundo,

nutrido por las hojas con los elementos eternos del éter azul.

—Y qué empece, divino Apolo—interrogó Dionisos conciliante—la realización de esa visión, barca encantada sobre mar de bonanza en la que a mí también me gustaría bogar hacia la era de paz y ventura? Los sempiternos antagonismos entre las fuerzas obscuras y las fuerzas lúcidas, entre el espíritu y la materia, entre la voluntad del universo y la voluntad del hombre, van en camino de desaparecer, así como nuestra enemistad que fué sólo aparente. Entonces...

Con el rostro ensombrecido por repentina tristeza respondió Apolo:

—Lo que realmente dificulta ahora la suspirada armonía de los contrarios, por la cual he bregado sin punto de reposo ya en la tierra, ya en el cielo, es la tirria que se tienen nuestros sucesores en el mundo Cristo y Mammon. En el primero delegué yo mis poderes, en el segundo tú. Ellos se han hecho y se hacen más cruel guerra que nosotros y, sin su reconciliación, la paz humana será imposible. Mientras haya provecho en violar las leyes del



"Y QVE EMPECE LA REALIZACION DE ESA VI=
SION, BARCA ENCANTADA SOBRE MAR DE BONAN
ZA EN LA QVE A MI TAMBIEN ME GVSTARIA N
DOGAR HACIA LA ERA DE PAZ Y VENTVRA?"

amor, siempre habrá naciones que, como la torva Germania, se prepararán durante años y años concienzudamente para agredir y despojar a las otras.

—Y es cosa averiguada, Apolo, que Germania fuese la causante de la guerra y la que primero agredió?

—Cómo, tú, Dionisos, tan maligno, puedes dudarlo? Si vieras reñir a una oveja con un lobo, quién pensarías tú que quiso la lucha y atacó primero, la oveja? sería ridículo imaginarlo. Por lo demás, las ambiciones imperialistas de Germania corren impresas en los textos de sus doctores, y las tenebrosas trapacerías que empleaba sin escrúpulos para darles cima, han sido descubiertas y puestas en la picota de la pública reprobación. Pero eso tiene poca importancia. Lo importante es escudriñar una a una las recónditas causas del conflicto y ver lo que conviene más para la salud del mundo: si la razón de Germania o la razón de Lutecia. Después Zeus decidirá.

—Es necesario que oigamos antes a Cristo y a Mammon. De qué parte se pone Prometeo?

—El Titán favorece ya al uno, ya al otro.

—Y Pandora?

—Lo mismo, aunque a decir verdad, Pandora, así como Irene, se inclinan un poco más del lado de Mammon.

—Irene, dices?...

—Sí, Irene, la fuente de toda dicha y de todo bien, la más dulce y amable de las hijas de Temis, la que solía llevar en sus brazos a Pluto dormido, en fin, cuando figuraba en tus cortejos, es, no la existencia, sino la voluntad de vivir o la Vida misma de los mortales. Ella asiste a Prometeo en sus torturas, lo consuela y lo anima presagiándole una próxima liberación. Por las noches desciende a la tierra y cura con hierbas misteriosas el hígado ensangrentado del Titán. Gracias a tan prolijos cuidados la parte de la entraña que devora por el día la furia insaciable del águila, vuelve a crecer por las noches bajo el manto encubridor de Latona, mi buena madre. Irene y Pandora son inseparables amigas. Creyéndolas a veces una sola persona los efímeros suelen darles el nombre de *Ilusión-vital* y bajo esa apariencia ambas forjan, jugando con las Horas, las Gracias y las Musas, las mentiras saludables que,

como los niños los cuentos de hadas, apetece la humanidad. La misión de Irene es más amable aún que la de sus hermanas Eunomia, cantada por Tirteo y Solón, y Dike, la que revela al padre celeste las acciones injustas de los mortales, y tan importante como la solemne función de las mismísimas Parcas. Ella no teje la trama de la existencia con hilos blancos y negros como las hijas de la necesidad; no retuerce el huso de la vida ni canta el pasado como Laquesis; no tiene en la mano la rueda del destino ni canta el presente como Cloto; no corta el hilo de los días con una tijera de oro ni canta lo porvenir como Atropos. Irene, en cuyo corazón se funden las voluntades olímpicas y los deseos humanos, dicta las normas y las pautas de su propio y divino juego, les pone a las cosas según su capricho, las etiquetas del Bien y el Mal y vuelca sobre los mortales la opulenta cornucopia de los placeres y los goces. Y los mortales la adoran sobre todas las cosas y cuando piensan y obran es por servirla. Su voluntad es la ley del mundo, pero no peca de antojadiza o versátil, nunca olvida que sus padres son Zeus y Temis. Aun-

que parezca ceder al mal lo vence siempre. Cuando la espantable muerte, con quien vive en eterna lucha, la arroja a tierra y la cree sin vida, se levanta sonriendo, se corona de frescas rosas y se aleja cantando. ¡Oh, Irene! ¡Oh, Vida! ¿dinos quien interpreta mejor tus secretos designios si Cristo o Mammon?

Irene salió del grupo de los inmortales conducida de la mano por Pandora y juntas se adelantaron hacia el padre olímpico. Al contemplar la resplandeciente belleza y el hechizo irresistible de aquellas dos criaturas, otra vez el corazón de los dioses se hinchó de gozo, de un gozo hondo, turbador, jocundo, que ni los encantos de Afrodita alcanzaban a provocar. Y dijo Irene:

—Desde que Apolo y Dionisos se retiraron al Olimpo, Cristo y Mammon, que así llaman a Pluto ahora los mortales, se disputan el imperio de la tierra. Ambos han procurado servirme, cada cual a su manera; yo, indiferente a las rencillas en que siempre andan envueltos, acepto gozosa las ofrendas de los dos. Ora llevo en los brazos al niño Pluto dormido, ora el niño Jesús. Deléitame verlos travesear y ellos lo ha-

cen alegres y confiados porque me quieren de la entraña. Cuando el cansancio los vence, se duermen como unos benditos en mi amoroso regazo. Si he de decir verdad, ignoro quien me sirve mejor, si el hijo de María, sin pecado concebido, o el hijo de Demeter, engendrado sobre la tierra tres veces labrada; a uno lo quiero por su infinita dulzura, al otro por su belicoso ardor. En cuanto a lo que conviene más para la salud de las repúblicas, si la razón de Germania o la razón de Lutecia, no puedo declararlo antes que los inmortales oigan a Prometeo, que mejor que nadie conoce el corazón de la humanidad, y luego al dios del desinterés y al dios del egoísmo. El pleito entre aquellas matronas es, en cierta manera, el pleito entre Cristo y Mammon y el de éstos, hasta cierto punto, el viejo pleito de Apolo con Dionisos, trasunto a su vez de la lucha colosal de los dioses con los titanes o sea de las potencias de la luz con las potencias de las tinieblas. Como la mayoría de los olímpicos, yo trato de fundir en mis crisoles los elementos antagónicos, pero nuestra peliaguda tarea no ha terminado aún ni probablemente terminará jamás. Por lo que toca a la

paz absoluta con la que algunos me confunden torpemente, no la conocerá, a Zeus gracias, el mundo ni yo la ansío. Más que la paz yo soy la armonía que nace del combate. El dios bicorne lo ha dicho muy bien: si terminaran todas las guerras, terminarían también todas las paces y sería el reino de la muerte. A mí me armaron las voluntades olímpicas para combatirla. Y en eso estoy.

—Sí, oigamos a Prometeo y después a Cristo y a Mammon, — dijo Zeus magnánimo, mientras hacía que Irene la adorable y Pandora la hechicera se sentasen a sus pies. — Si el Titán no teme arrostrar mis iras que se levante y exponga sus pretensiones.

Adelantándose resuelto hacia el prepotente Zeus; erguida la cabeza, impetuoso el fornido pecho y firme la mirada, dijo el gigante, cuya recia musculatura impuso admiración y respeto hasta a los más valerosos de los dioses.

—Bien sabes ¡oh, Zeus! que yo no temo nada.

—Audaz es tu lenguaje.

—Es el que corresponde a quien sufre sin ceder ni pedir clemencia, largo e injusto martirio. Este no ha cesado para mí ni cesará jamás.

Qué puede temer quien tiene por inseparables compañeras la pena, la amargura y la angustia? Las flechas de Heracles me librarán un día del corvo pico del águila; pero ese día no ha llegado aún. Ved, dioses inmortales, mis miembros desollados por las cadenas con que Hefaisto me aprisionó en la más alta y áspera roca del Cáucaso, donde Zeus amasa las tormentas; ved mis entrañas manando la sangre bravía con que alimento los sueños ambiciosos del mortal; ved los ojos que osaron desafiar las cóleras divinas y que las cóleras divinas, si anegaron en lágrimas, no lograron humillar.

—Cómo, qué osa decir? Su insolencia raya en delirante locura — exclamó Zeus entre iracundo y admirado.

—Mi insolencia es mi virtud.

—Los castigos no han logrado corregirte; preciso será comenzar de nuevo.

—El resultado sería el mismo; nada pueden los castigos contra quien no se reconoce culpable. La pena injusta cae en el alma inocente como el rocío sobre las rosas. Si cometí algún crimen largamente lo purgué; mis penitencias fueron más grandes que mis pecados. No soy

yo quien debe bajar la cerviz. Te inspiraría desdén si me vieras, por temor, pedir gracia como quien demanda una limosna, en lugar de reclamar justicia con airadas voces. No, no me avergüenzo, no puedo avergonzarme de lo que pareció criminal osadía y después de tantos siglos resulta sólo virtud; no puedo mostrarme pesaroso de haber sido, con razón, valiente y soberbio; no puedo olvidar que por mis venas corre sangre olímpica; que, en gran parte, tu trono me lo debes a mí y que los seres de un día son alma de mi alma y carne de mi carne. Desde que te hurté el fuego divino para dárselo a los mortales, éstos fueron mis discípulos, compartieron mis penas e hicieron suyos mis audaces sueños. Y como yo formé su alma y su espíritu, los aedas antiguos inventaron la fábula de que el hombre era hechura mía y que con mis manos lo había modelado, como Hefaisto a la bellísima Pandora. En camafeos y vasos milenarios se me ve dándole forma humana al barro inerte en compañía de la augusta y venerable Palas. La verdad es que junto con ella, Apolo y Dionisos sacamos al hombre de su miserable condición y lo convertimos en un ser

racional, o, lo que es lo mismo, en un forjador de ilusiones. Y en tamaña empresa mi concurso no quedó por bajo del de los otros dioses, pues si Apolo fué el espíritu, Palas la razón y Dionisos el instinto, yo fuí la voluntad, que vale tanto como decir la ambición, el deseo de poder, el afán de dominar, en resumen, el alma y la vida del mortal. Una vez en posesión del inquieto fuego, el efímero tuvo calor y tuvo luz, dejó de temblar en las tinieblas frías, dejó de vivir en los antros pavorosos, coció el barro, fabricó portentosos instrumentos que le permitieron componer y descomponer los cuerpos, ver lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, penetrar los misterios del ser, descubrir uno a uno los íntimos secretos de la avara Naturaleza y enseñorearse de tierra, cielo y mar.

—Y qué pretenden ahora los efímeros?

—Apolo lo ha dicho: la libertad, el reino libre y gozoso del mundo.

—Es compatible ese reino con el mío?

—No ha de serlo, siendo el reino del fuego animador.

—Y si yo me opusiera a aquella pretensión?

—Tratarían de destronarte como Cronos a Urano y como a Cronos tú.

—Tanto osarían?

—Los mortales lo osan todo.

—En ese caso los aniquilaría como aniquilé a los Titanes.

—Los mortales son más fuertes que los gigantes de cien cabezas.

—No importa, los vencería.

—Los mortales son invencibles; sus rayos son más poderosos que los tuyos. Por otra parte tú no puedes destruir la obra excelsa de los dioses y la obra magna tuya en particular.

—Tienes razón, yo no puedo hacer eso. El alma ardida y avasalladora del hombre es aliento mío; sus olímpicas ambiciones son hijas de mis designios. Quién se opone a ellas?

— Un pueblo que, a pesar de su avanzada civilización, conserva el alma violenta y sanguinaria de los tiempos bárbaros. El es la causa principal de la desavenencia y el encono de Cristo y Mammon.

—Qué crímenes le imputas?

—Muchos, pero sobre todo uno, porque de él se derivan todos los demás; el haber olvi-

dado la divina esperanza del efímero, esperanza que es como la sal del mundo.

—Sin embargo, ese pueblo discípulo tuyo también es.

—Cierto, pero desde algún tiempo a esta parte obedece a influencias extrañas, a las sugestiones de un demonio que lo hace negar la ley del hombre.

—Qué castigo reclamas para él?

—Lo diré después de oir al dios del amor y al dios del egoísmo.

—A quién prefieres tú?

—Uno es mi corazón, el otro mi voluntal.

—Está bien, oigamos a Cristo y a Mammon —concluyó Zeus.—Así como así tengo muchos deseos de saber lo que piensan esas dos deidades y me place recibirlas en mi alcázar. Pero ahogando sus pujos de independencia y rebeldía, bien pueriles por cierto, acudirán solícitos a mi llamado? No quisiera emplear contra ellos la violencia.

—Dionisos, el dios taumaturgo por excelencia—insinuó Apolo—podría sacarnos del paso, empleando las seducciones de sus mostos como hizo con Hefaisto para volverlo al Olimpo.

El obrero celeste, acaso para vengarse de Hera, que avergonzada de las deformidades de su hijo y las burlas que inspiraba a los dioses, lo quiso ocultar a los ojos de todos y luego concluyó por arrojarlo del palacio al mar, pues fué ella la que cometió tal demasía y no nuestro padre, le envió de regalo un magnífico trono de oro construído y portentosamente obrado en sus talleres oceánicos. Apenas Hera lo ocupó quedó prisionera y como paralizada en el misterioso artefacto. Los esfuerzos que hicimos los dioses para sacarla de aquella deslucida situación, fueron inútiles. Zeus, con voces que rodaron por los espacios como roncos truenos, llama al desterrado comprendiendo que sólo éste podría libertarla; pero el muy cazurro se hace el sueco; entonces Dionisos bajó a la tierra y embriagándolo pudo engañarlo y traerlo a la paternal vivienda, donde el dios del fuego del brazo del dios de la viña entró haciendo eses.

—Dionisos — ordenó el Tonante — vuelve al mundo y, sin hacerles ningún daño, trae a mi presencia a Cristo y a Mammon. Apolo, mientras regresa tu hermano cántanos alguna can-

ción; pulsen las nueve Musas las cítaras celestes; dancen las radiantes Horas; deléitennos las Gracias con sus divinos juegos y hagan circular Hebe y Ganimedes las copas rebozantes de los mostos olímpicos. Las desdichas de los mortales no deben turbar nunca la serenidad de los dioses.

El Charrúa, Abril 1° de 1918.

DIALOGOS OLIMPICOS

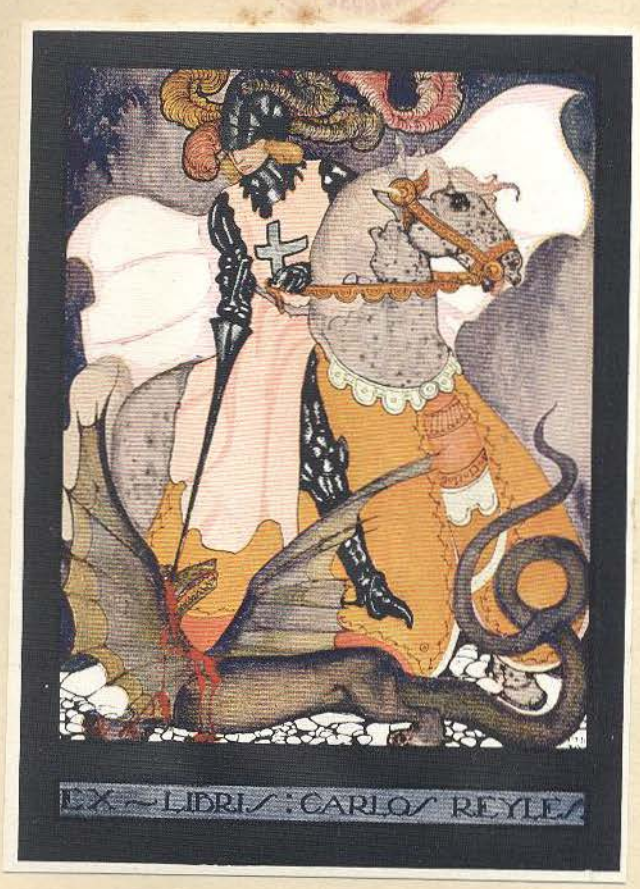
Iº APOLO Y DIONISOS

IIº CRISTO Y MAMMON

EN PREPARACIÓN

IIIº PALAS Y AFRODITA

EN PREPARACIÓN


EX - LIBRIS : CARLOS REYLES

15-10

CARLOS REYLES.

83

15-10